

SANCHO SALDAÑA,

ó

El Castellano de Guellar:

*novela histórica original del siglo XIII*

POR

D. JOSÉ DE ESPRONCÉDA.

---

TOMO III.

---

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1834.

(2)

---

---

*Sancho Saldaña,*  
ó  
**el Castellano de Cuellar.**

~~~~~

**CAPITULO XII.**

---

Yo triunfaré de mi pasión insana,  
yo desde ahora aborrecerle quiero,  
le quiero aborrecer... ¡ Oh! quién me diera  
desenclavar del corazón mi afecto.

*(Safo, en la tragedia de Pitaco.)*

*(Cienfuegos.)*

**L**A luna caminaba ya á occidente acompañada del lucero de la mañana, y todo estaba en silencio en el castillo de Cuellar. Saldaña habia ya vuelto de su paraiso, y sus heridas, aunque peligrosas, no habian sido declaradas mortales por los maestros. Un calmante le proporcionó algunas horas de sueño, y á la hora de la mañana descansaba de las fatigas de

su combate con mucho placer del viejo Duarte y su favorito Jimeno, que se aprovecharon de este momento de reposo, el primero para dormir, y el segundo para vaciar algunas botellas de buen vino y refrigerarse al lado de su cuotidiana, como él llamaba á su cuncubina. No se oían los cantos ni las voces de los soldados, ninguna luz ardía en el castillo excepto las de las cuadras, y solo el ladrido de algun perro, ó la voz del vijía que anunciaba las horas mas cuidadoso de su relevo que de contemplar la diosa de las tres caras, interrumpian de tiempo en tiempo el silencio misterioso de esta hora de la noche, en que toda la naturaleza parece que se abandona profundamente al reposo. Solo una luz se vió cruzar de ventana en ventana y desaparecer, se oyó crugir una puerta que se cerraba, y poco despues la voz, las carcajadas de Jimeno, y el ruido que formaba el choque de los vasos anunciaron que aun la disipacion y el vicio estaban despiertos en el castillo. Pero este rumor fue poco á poco disminuyéndose,

hasta que cesó enteramente, y otra vez se oyeron los pasos del centinela, que al parecer era el único que velaba en la fortaleza.

➤ Tal creía él, al menos sin imaginarse que otro motivo que el de su deber pudiese desterrar el sueño de los ojos de ningún habitante del castillo, y muy ageno de pensar que el amor tenía aún abiertos los de la hermosa Zoraida, que mas que nunca combatida entonces de su pasión, y sentada en aquel momento á la reja de su estancia, miraba la luz de la luna sola y melancólica, mientras el orgullo y el cariño luchaban en su corazón. Con una mano apoyada sobre la reja, adonde se entretrejian como hemos dicho algunas ramas de árboles, reclinada en los almohadones, apoyada su frente en la otra mano, y desnuda de todas sus joyas, pero mas hermosa que nunca, al rayo de la luna, que se quebraba allí penetrando con débil luz en la estancia, se entretenía, embebecida en sus pensamientos, en arrancar algunas hojas que desmenuzaba dis-

\*

traída entre sus dedos , mientras la brisa de la mañana susurraba mansamente á su alrededor. En otro tiempo ella hubiera sido la primera á quien Saldaña habria llamado junto á su lecho, y sus palabras hubieran sido el mejor bálsamo para sus heridas. En otro tiempo ella habria cuidado de su reposo; pero ahora su amante no la habia nombrado siquiera , y si acaso se habia acordado de la desdichada Zoraida , habria sido sin duda para maldecirla, procurando arrojarla cuanto antes de su memoria, como á un objeto de odio y horror. Sola alli , y olvidada ya de todos aquellos que en otro tiempo la adulaban y deseaban parecer agradables á sus ojos para serlo á los de Saldaña , servida únicamente por una esclava de poca edad que dormia muy descuidada de las penas de su señora , si habia sabido lo que pasaba en el castillo, lo debia mas á su vigilancia y cuidado por el ingrato, que á ninguna noticia que le hubiesen dado.

Jimeno, el lindo Jimeno era el único que parecia compadecerla y la traía

con frecuencia nuevas de su señor ; pero ademas de que Zoraida recibia sus atenciones con desden , y que él no era muy de su gusto, sus noticias servian mas bien para irritar su orgullo que para dar esperanza á su corazon , no pareciendo sino que en medio de la pesadumbre que mostraba el compasivo page al comunicárselas , se gozaba secretamente en atormentarla. Él fue el primero que avisó á la mora de las heridas de Saldaña , engrandeciendo y pintando el riesgo en que se hallaba su vida con tan vivos colores, y tan sin compasion de la pena que manifestaba Zoraida , que parecia mas entretenido en referir su cuento que en observar su rostro , dando al mismo tiempo á su narracion cierto aire aparente de sencillez. Él fue el primero que cuando el señor de Cuellar volvió de su desmayo , tuvo el cuidado de venir á contarle como no habia preguntado por ella , ni habia dicho que la llamaran , siendo este el golpe mas cruel que podia recibir Zoraida , cuyo orgullo ultrajado ahogó un

instante en su alma el sentimiento de su cariño ; pero la situacion de Saldaña casi moribundo , y sobre todo la violencia con que á su despecho le idolatraba, triunfaron de todo, haciéndola olvidar por entonces sus desprecios , pensando solo en el riesgo en que se encontraba , y dispuesta á dar hasta su vida para salvarle la suya. El amor es generoso aunque vengativo, y él era al fin el único hombre á quien ella habia amado ; era su primer amor , podia aborrecerle , vengarse de él , detestarle , pero amándole siempre , idolatrándole á su pesar , y olvidando todo en el momento de su peligro para protegerle, bien asi como un enemigo pundonoroso devuelve á su contrario la espada que le derribó su destreza, en vez de aprovecharse de su victoria para herirle desarmado. Tales eran los pensamientos de Zoraida, triste y desdeñada , pero deseosa aun de cuidar por sí misma del herido caballero que tan mal pagaba su amor , y creida que estando tan cerca de su última hora, no era aquella ocasion de mostrarse aira-

da, sino de vengarse de sus desdenes provándole con su generosidad cuál era la muger que habia despreciado su ingratitude. De esta manera trataba la enamorada cautiva de disfrazar el vehemente deseo que la incitaba á ir á verle, esforzándose á sí misma, y queriendo cubrir á sus mismos ojos, bajo el velo de la caridad y la compasion, lo que era solo un amor frenético vanamente contenido por el orgullo.

Ya varias veces habia hecho ánimo de levantarse para ir á verle, ya otras tantas su amor propio le habia impedido cumplir su resolucion, ya agitada del temor, ya del deseo, hasta que al fin la voz de la mas poderosa hizo callar la de las otras pasiones. Zoraida se levantó en pie de pronto, tomó una luz que ardia en la sala contigua á su tocador, cerró su puerta sin ruido, y con callados y ligeros pasos se dirigió á la estancia donde estaba Saldaña. Pintada la agitacion de su rostro, trémula, y deteniendo su marcha como si temiera que la sintiese el

mismo á quien iba á buscar, llegó toda azorada á su cuarto, empujó con mucho tiento la puerta, alargó la cabeza á mirarle sin atreverse aun á entrar, y sintiendo por su respiracion que dormia, se resolvió por último, puso la luz sobre una mesa, y se arrojó sobre un sillón de respaldo que estaba á un lado, como cansada del trabajo que le habia costado vencerse para llegar hasta allí.

Saldaña reposaba entonces, si puede decirse que reposa el que en su sueño no halla descanso para su espíritu, su color pálido ademas por la mucha sangre que habia perdido, su cabeza que en la agitacion de su sueño habia cambiado varias veces de sitio, sin encontrar nunca la comodidad que buscaba, estaba caida fuera de la almohada al borde de la cama reclinada sobre su pecho, y su frente arrugada, sobre la cual caían algunos mechones de pelo, sus cejas fruncidas que le daban un aspecto feroz, y su respiracion anhelosa, probaban que estaba muy lejos de gozar en su sueño de tranquilidad. Su

brazo derecho colgaba desnudo al suelo mientras tirado atrás el izquierdo le caía doblado sobre la cabeza, y su cuerpo, torcido en una posición bastante penosa, le hacían que casi descansase sobre su herida, lo que tal vez era causa en parte de la pesadilla que le fatigaba.

Es sabido que una muger dotada de sensibilidad se identifica de modo con las desgracias que le cuentan ó los males de que es testigo como si los padeciera ella misma, aun tratándose de un desconocido. Su fibra, mas delicada que la del hombre, corresponde á la voz de la compasion con la misma fuerza que siente la chispa eléctrica el que mas distante está de la máquina, por ligero que sea el contacto que le una con aquel á quien su golpe se comuniqué, y no hay duda que el mas dulce consuelo de nuestros pesares es la piedad y el cuidado de una muger. El carácter de Zoraida, á despecho de su altivez, era tan flexible al sentimiento y la melancolía, como á todos los arrebatos de la ira, siendo su alma de fuego, y

no habiendo conocido nunca sino el último extremo de las pasiones, tan arrebatada en sus zelos como exagerada en su amor, sin que hubiese dique alguno que bastase á detener siquiera el torrente de su corazon. Los lazos que le habian unido á Saldaña eran los únicos que le unian al mundo, y aislada y cautiva casi desde su infancia, habia cifrado en el señor de Cuellar todos los cariños de su alma, mirándole como á su padre, á su hermano, á su amigo, á su amante, á su único protector en su cautiverio. Saldaña habia cometido crímenes por su amor, pero sin que ella hubiese tomado parte activa en ninguno, habiendo sido tal vez causa inocente de todos ellos; y aunque en su imaginacion sombría Zoraida se ofreciese como una furia que le arrastraba al delito, mas bien dependia esta idea de que él necesitaba disculparse de algun modo, que no de que fuera cierta, y la enamorada mora no le debia á él sino desgracias. Su padre, alcaide de un castillo en las fronteras de Granada, per-

dió la vida á manos del padre de Sancho Saldaña, y ella vió perecer alli sus compatriotas al filo de la espada de los cristianos, mientras ya prisionera de ellos, un mar de fuego envolvía hasta las almenas de su fortaleza. Perdió su patria, sus riquezas, un padre anciano que era su único apoyo, y para colmo de su desventura se enamoró del hijo de su enemigo para verse despues en premio de su cariño despreciada y aborrecida. Pero ahora, viéndole postrado en su lecho, había olvidado sus propios pesares, compadecida y enamorada mas que nunca del ingrato que la maldecía, y le contemplaba con ternura, mientras él mostraba en su fatigoso y agitado sueño el mismo fastidio, la misma inquietud, y el disgusto mismo que eran el tipo de su carácter mientras estaba despierto.

--Hé aqui, se dijo á sí misma levantándose de su asiento y acercándose á su lecho paso á paso para no despertarle, hé aqui solo y abandonado á mi voluntad, sin poderse valer á sí mismo y sin tener

á nadie que le socorra, el caballero mas poderoso é intrépido de Castilla, el terror de mis compatriotas, el despreciador de su cautiva, el que hace dos dias tuvo puesto el puñal á mi pecho para asesinarme. Héle aqui. ¿Quién me quitaria vengarme si yo no le amase aun con todo mi corazon? ¿Quién, sino estuviese yo ahora mas dispuesta á cuidarle y defenderle que á satisfacer mi venganza? ¿Cómo el ceño de su semblante descubre los tormentos de su alma! El sudor de su frente es frio como un hielo, añadió llegando cuidadosamente una mano y estremeciéndose al tocarle. ¡Ah! ¡no parece sino que este frio penetra en mi corazon! ¡cuán mustio, cuán otro está de aquel que entre mis brazos se llamó tantas veces el hombre mas feliz de los hombres, de aquel en cuya boca recojia yo enagenada la dulce sonrisa del deleite en medio del placer de oirle que me adoraba!!! Su frente, entonces tersa como el marfil, brillaba aun libre de la nube de los pesares, sus ojos ardian de amor, y la palidez de sus mejillas mostra-

ba mas languidez que tristeza; pero ahora... ¡Cuánto sufres!... ¡Cuántos tormentos han abrumado tu alma! y yo... yo con mi amor he sido causa de tus desgracias!!!... Pero no me aborrezcas, no; yo te idolatro, Saldaña, sí, yo te idolatro, y te perdono tu ingratitud. Diciendo esto se habia arrodillado junto á la cama, y tomando entre las suyas trémulas la mano que Saldaña tenia pendiente, la llegó mil veces á sus ardorosos labios, y la cubrió de lágrimas y de besos.

--¡Con qué fatiga respiras, ídolo mio!... ¡Ah! ¿Me oyes tú? ¡Suspira! continuó mirándole con dulzura; y sin soltar la mano que tenia cogida, y apretándola suavemente, ¡oh! ¡sí! tú me amas aun; las arrugas de su frente veo poco á poco que se disipan, su mano se estrecha contra la mia, sus mejillas se sonrosean... sus labios se abren como si fuera á hablar... yo tiemblo... ¡Qué oigo!... sí...—¿Me amas? dijo en este momento Saldaña con voz muy apagada: ¡perdóname!—¡Oh! ¡yo soy feliz! exclamó Zoraida fuera de sí de

placer. Sí, yo te perdono con todo mi corazón, yo te he perdonado ya, ya he olvidado todo, todo ha desaparecido de mi memoria como si las olas del mar hubiesen pasado sobre mis agravios. Tú, tú eres quien tienes que perdonarme.

— ¡Leonor! ¡Leonor! exclamó Saldaña sin despertar con el acento mas tierno.

— ¡Cielos! ¡qué oigo! gritó Zoraida soltándole la mano de pronto, y levantándose desesperada. ¡Ah! continuó con amargura: ¡yo me habia olvidado de mi rival, y creía que él estaba soñando conmigo!! ¡Y yo te habia perdonado! ¡yo! ¡Jamás! ¡jamás!

Todo el amor, toda la dulzura de la desgraciada Zoraida se trocó ahora en la mas espantosa furia al oir el nombre de su rival; sus ojos parecian querer salir de sus órbitas, los músculos de su rostro se contrajeron pintándose en él todas las señales de la locura, sus labios trémulos cambiaron su color de rosa en un blanco cárdeno como sobrecogida de un accidente, retorcia sus manos, y ya sin te-

mor de interrumpir el sueño del herido, gritaba con el acento de la mas horrible desesperacion:

— ¡Jamás! ¡jamás! ¡Yo me vengaré! ¡No, Leonor no será tuya jamás!

A sus gritos despertó Saldaña despa-  
vorido, abrió los ojos, y quiso incorpo-  
rarse en el lecho. Por una transicion de  
ideas, muy natural en un hombre cuyos  
sentidos estan muy debilitados por cual-  
quier causa que sea, y cuyo sueño han in-  
terrumpido de pronto voces ú otro repen-  
tino estruendo, Saldaña, que habia esta-  
do soñando con Leonor, aunque sin mu-  
dar de objeto, habia cambiado de deco-  
racion en la última parte de su sueño, y  
creía que la maga, habiéndosela arreba-  
tado de entre sus brazos, se esforzaba á  
ahogarle en los suyos como á una presa  
ya digna de los infiernos. Cuando desper-  
tó todavia confusa su imaginacion, y al  
ver los ademanes de la mora, y oyendo  
sus últimas palabras *¡No, Leonor no se-  
rá tuya jamás!* imaginó que era la ma-  
ga quien se lo decia.

— ¡Ah! suspiró Saldaña gritando con una voz sepulcral. ¿No has cumplido aun tu venganza? ¿no bastaba que la robaras, era menester quitarme con ella hasta la última esperanza que me quedaba?

— Sí, hasta la última esperanza, repitió Zoraida con amargura volviendo á él los ojos en que estaba pintado su frenesí: ¿y tú no me has robado á mí todo cuanto poseía? ¿mis padres, mi patria, mi gloria, mi inocencia, mi felicidad, mi esperanza? ¿No me lo robaste tú todo? ¡Y á pesar de eso te amé, á pesar de eso me dejé seducir de tus mentiras, y cifré en tí mi universo!!! ¡Oh! maldito el dia en que me engendraron, maldito el dia en que nací para idolatrarte y verme pagada con zelos y con escarnio. ¡Ojalá nunca hubiese lucido aquel dia!

— Muger infernal, exclamó Saldaña, que ya la habia conocido, ¿quién te dejó entrar aqui? Huye de mi presencia, y maldita sea la hora en que te conocí, demonio de mi persecucion: ¡huye! y no

vengas á atormentar al enfermo en su lecho de dolor.

— Pluguiese al cielo, respondió la mora, que todo el infierno junto ardiese en tu corazon como arde en este momento en el mio, pluguiese al cielo que pudiera hartarte del veneno de que tú has inundado mi alma... ¡Ah! ¡yo reiría entonces viendo que tú dividias conmigo mis sufrimientos! ¡Ojalá veas en brazos de otro esa Leonor á quien amas! Tal vez está asi ahora mismo en brazos de otro, sí. Tal vez es un amante disfrazado á quien ella adora esa bruja que te la robó. Sí, sufre, sufre como tú me haces sufrir á mí: es el único consuelo que me queda en mi desesperacion.

— Mientes, boca de Satanás, mientes, respondió Saldaña haciendo un esfuerzo que no pudo lograr para levantarse: mientes; Leonor, no tiene ningun amante; no me amará á mí, pero no ama á otro ninguno tampoco.

— ¿Y tú qué sabes? replicó Zoraida con una sonrisa sardónica; por lo menos

te aborrece á tí; te aborrece, y yo estoy aqui para repetírtelo. No me mires con esa ira; no te esfuerces á levantarte; tú eres un caballero muy poderoso, pero ahora yaces en esa cama como si te hubiesen ligado con cien cadenas; yaces herido por la espada del hermano de la que adoras, que te aborrecerá mas por eso, porque tú tambien le has herido á él, y él la comunicará el furor con que te detesta.

— ¡Muger! gritó Saldaña casi fuera de sí; ¿has venido á asesinarme?

— ¡Ah! repuso la zelosa mora; no; he venido á acabar de ser infeliz, á saber de tu propia boca que me aborreces!!!

— Pues sí, yo te aborrezco, replicó el herido; yo te abomino, instigadora de mis delitos: huye de aqui; furia vomitada por el infierno. ¡Duarte! ¡Jimeno! ¡García! echad de aqui á esta muger, que viene á mofarse del moribundo. ¡Duarte! ¿Qué, no hay aqui nadie conmigo?

El viejo Duarte, que al acostarse solo habia pensado dormir media hora, ha-

cia ya una y media que roncaba en otra estancia al lado de la que ocupaba su amo cuando llegó su nombre á sus oídos, y conoció la voz de Saldaña que le llamaba. Púsose en pie al instante, y entró á ver qué le quería su señor, buscando alguna excusa que darle por no haber estado velándole como debía, cuando su amo le alivió de este trabajo gritándole en cuanto le vió:

— Echa de aquí á esa mujer, quítala de mi vista, y cuida que no vuelva otra vez á presentarse delante de mí.

— Zoraida, gritó dirigiéndose á ella, huye, huye de mi presencia, o te mando quemar viva en la esplanada de mi castillo.

— Si, yo me iré, respondió la mora con pesadumbre, yo me iré, no por miedo de tus amenazas, sino por que aun tengo compasion de ti. Saldaña, añadió mas tranquila, puede ser que yo haya sido tu perdicion, pero no hay duda que tú has causado la mia: á Dios.

Diciendo así rechazó con orgullo la

\*

mano de Duarte, que habia hecho ademán de cogerla, salió del cuarto con magestad, y se retiró á su habitacion, donde poco despues, tranquilizándose su furor, derramó un torrente de lágrimas.

Entre tanto la mañana despuntaba ya en el oriente como si la calma y la serenidad de la naturaleza se deleitase en servir de contraste con las pasiones de los hombres, pintando el cielo del color del alba, y derramando por la haz de la tierra toda la luz y la alegría de una alborada de estío. Jimeno, que no habia oido nada de la escena que acababa de pasar en la habitacion de Saldaña, por tener su cuarto en la parte opuesta del castillo, dejaba en aquel mismo punto su lecho, mas cansado de las caricias de su manceba que cuidadoso de su deber, y estaba entonces arreglando muy detenidamente su tocador, operacion para él tan esencial como la de comer, todos sus cuidados, refiriéndose mas al adorno de su persona que á ninguna otra cosa en el mundo. Con todo, como su obligacion era mostrarse aquel

dia con semblante triste ante su señor, eligió el traje á su entender mas análogo con la pesadumbre que debia aparentar, y aunque tan puesto y pulido como si fuese de gala, se adornó con un estudiado descuido, bien asi como si dijésemos á la *negligé*. En esto estaba tarareando el antiguo romance

Rey Rodrigo, rey Rodrigo,  
tu suerte yo bien querria;  
si perdistes el ser rey  
tambien hubiste á Florinda,

cuando sintió que andaban á su puerta, y poco despues entró García, el compañero de Duarte. — ¿Qué me quieres, zorro viejo? preguntó el page: ¿vienes de embajador de alguna Silfide que suspira por mis pedazos?

— Si yo soy zorro, replicó García con enfado, á tí no te falta sino ser viejo, y has de saber que ni yo ni ninguno de mi casta ha servido á nadie de tercero en su vida.

— ¡Ve ahí! no lo digo, replicó el

page; el oficio que segun dicen ejerce todo un don Lope de Haro con su sobrina y el rey, y se enoja un pobre escudero que se lo achaquen como si fuera un insulto.

García meneó la cabeza, no muy gustoso de la desfachatez de Jimeno, y dijo:

— Lo que yo tengo que decirte es, que el señor de Cuellar pregunta por tí, que ha estado alli la mora, y le ha vuelto el juicio, segun me ha dicho Duarte, aunque yo me figuro que está hechizado, y me ha encargado que te llame y vayas allá al momento.

— ¿Zoraida ha ido á verle? murmuró entre sí el page: ¿y él la ha despreciado como acostumbra? ¡bueno! ¡soberbio! no parece sino que ella misma me ayuda: sí, vamos, continuó saliendo del cuarto y dirigiéndose al escudero.

— No será nada, sino que ese estúpido de Duarte, que no habla nunca sino para reñir, es mas á propósito para velar á un muerto que para cuidar un enfermo.

— Como tú, replicó García entre dientes siguiendo detras de él, valdrias

mas para moza de un serrallo que para ser page de lanza.

El page entre tanto compuso su rostro, tomando la fisonomía mas triste que pudo, y cuando entró en la estancia de su señor podria habersele comparado á un novicio, por sus ojos caidos y el recojimiento que aparentaba.

Saldaña estaba entonces con una calentura furiosa á causa de la cólera que habia tomado, y habiéndose recojido toda su sangre á su corazon, tenia una especie de ahoguido que le hacia respirar con dificultad. Sus ojos estaban cubiertos de un velo cristalino, su corazon se oía latir, y la ropa de su cama, toda revuelta, manifestaba los muchos vuelcos que en su inquietud habia dado á un lado y á otro. Jimeno se acercó á la cabecera, y habiendo mandado á Duarte que saliese á buscar el cirujano del castillo, le dió á beber un agua, á que mezcló algunas gotas del elixir que le habian recetado, hecho lo cual se sentó junto á él, y Saldaña pareció mas sosegado.

— Jimeno, le dijo con el acento sombrío de la desesperacion, ¿crees tú que habrá perdon para mí?

— ¿Y por qué no? replicó el page. ¿Acaso habeis hecho algo nuevo en el mundo? Tal muger burlada, tal homicidio cometido en un acceso de ira, no son, á mi parecer, culpas imperdonables. ¿Pero á qué viene eso? ¿os quereis morir?

— ¡Morir! exclamó Saldaña: ¡ojalá, si no hubiese un infierno! ¡Ah! tú no sabes hasta qué punto me sobresalta esta idea; ¡toda una eternidad!

— Tiempo os queda de arrepentiros, respondió el page, aunque sea en medio del camino que hay de aqui á allá. Cuan- to mas que si vos habeis burlado una muger, ha sido una enemiga de nuestra religion; de las otras podeis decir que pensabais casaros con ellas, y en cuanto á haber hecho morir á este ó aquel con mas ó menos justicia, nadie está libre de un momento de irreflexion, y tal vez la muerte que les anticipásteis les abrió el cami-

no de la salvacion, quitándoles de cometer delitos que si hubieran vivido les habrian hecho hallar cerradas las puertas del cielo.

— Es verdad, Jimeno, replicó el herido, que cogia con avidéz cualquier escusa que minorase sus culpas á su entender, es verdad, y entonces yo no soy criminal, ni debo temer el infierno: Zoraida ha sido la causa de la mayor parte de mis delitos.

— Asi es, replicó Jimeno sin titubear; esa muger os precipita, y sobre ella, si acaso, debeis cargar el peso de vuestros pecados. Su suerte ha sido que no haya estado yo aqui cuando vino á atormentaros sin consideracion á que estais herido. Si llego á estar presente la echo al foso desde la ventana mas alta. Y es mentira; ni ella os ama, ni os ha amado nunca; á ella le convenia, es muger, y no hay muger que no mienta.

— ¿Con que tú crees que aun puedo encontrar perdon? insistió el supersticioso Saldaña.

— ¿Y qué os podía hacer pensar de otro modo? respondió el page.

— ¡Qué! que mas de una vez, repuso el de Cuellar con sobresalto, he visto ahí; ahí mismo donde tú estás, un demonio que me escarnecía, y me anunciaba que no habia perdon para mí: yo he querido orar, y todos los rezos habian huido de mi memoria, y hasta mi lengua se resistia á pronunciar las pocas palabras sagradas de que pude acordarme; mientras él las hacia sonar en mi oido como blasfemias, y mofándose me cargaba de maldiciones.

— ¡Ave María Purísima! exclamó el page haciendo la señal de la cruz; eso sería un delirio, una ilusion; pero no obstante, tomad esa reliquia, que os libraré por lo menos de su presencia.

Diciendo esto sacó una medalla del pecho, y el impío Saldaña la tomó con religiosa codicia, y la besó respetuosamente.

— Siento algun consuelo, le dijo guardándola debajo de la almohada. ¡Y Leo-

nor? ¡ Ah! ¿ no me amaré jamas? No creo que peço con hablar de ella; mi fin es hacerla mi esposa. ¿ Y cómo podré ya, si tal vez su hermano está enterrado á estas horas? Yo le ví muerto á mis pies. Pero él tuvo la culpa: todavia me irritó cuando me acuerdo de sus insultos.

— Cuando nosotros llegamos, repuso el page, habia ya vuelto en sí, y sus heridas no me parecieron muy peligrosas. Y á las mugeres, ¿ qué les hace eso? Leonor os amaré porque sois hombre; no hay muger que se resista á un hombre de las prendas que vos teneis. En Valladolid maté yo al hermano de una que cortejaba, y no me quiso menos por eso.

— Sí, pero Leonor no es de esas, repuso Saldaña con fuerza, no muy agrado de las comparaciones del page.

La llegada del cirujano interrumpió su conversacion, que habiendo notado que su enfermo se habia agitado demasiado para el estado en que se encontraba de debilidad, le encargó que no hablase, y mandó que se guardase el mayor silencio

en la estancia para no turbar el reposo de que tenia mucha falta. Poco despues llegó el Velludo al castillo con dos prisioneras que habia hecho la noche antes , á quienes dieron habitacion en la parte del mediodia contigua á la de Saldaña , aunque no le dijeron nada de este suceso , pues en la situacion en que se hallaba , á voto de los cirujanos, cualquier sensacion fuerte, ora de alegría , ora de pesadumbre, podia serle funesta.



---



---

**CAPITULO XIII.**


---

*Segismundo.*

..... ¿Qué

te suspende?

*Lerbia.*

..... Hacia allí pasos  
sentí y las ramas se mueven.

Veré quién es.

( *Afectos de odio y amor.* ) ( *Calderon.* )

**E**s opinion muy antigua que los hombres manifestamos nuestro carácter, nuestras pasiones, y yo estoy por asegurar que hasta el oficio en que nos ocupamos, en nuestro modo de hablar, de andar, de dormir &c., y que si algunas escepciones hay, dependen mas bien del estado de ficcion en que vivimos en la sociedad, que no de que sea falsa esta asercion. Asi vemos generalmente, que á un enamorado se le conoce que lo está en sus distracciones, en sus ojos, ó demasiado a-

legres ó muy caídos, y en otras semejantes señales. Descúbrese á un ambicioso en su paso precipitado, su aspecto pensativo y mirada solícita é imponente: á un avaro, porque por guardar, guardará las manos en los bolsillos hasta en los meses de mas calor, y en las ojeadas de desconfianza con que honra á los que le rodean; y pasando de las condiciones á los oficios, todo el mundo conoce los escribientes de lotería en lo bulle bulle que son, y en la viveza ratonil de que estan dotados, y nadie equivocará un oidor con un escribano si compara la gravedad, gordura y mensurado continente del uno, con la mirada en acecho y el furtivo paso del otro. Con todo, como la duda es el principio del saber, y puede haber muchos contrarios á mi opinion en esta materia, no insistiré mas tiempo en conuencerlos, no siendo esto de mi incumbencia, y habiéndose escrito ya tanto en el mundo sobre fisonomías, cráneos &c., y solo les recomendaré el tratado de franeologia del doctor Gall, donde se conuencerán de la

razon que me asiste, puesto que no le asistió á él mas para asegurar que cada joroba de nuestra cabeza es un nido de vicios, de virtudes y de talentos.

Y asi, tomando el hilo de nuestra historia, sea esta mi opinion verdadera ó falsa, hubiera sido preciso ser muy men- guado, torpe ó falto de juicio, para no conocer á primera vista que un corrillo de diez ó doce hombres que estaban aquella mañana juntos á poca distancia del castillo de Cuellar, sentados al pie de un árbol, eran gente *non sancta*, y un mal encuentro para un viajero. Sus caras, sus trages y sus armas indicaban bastante su oficio, y no quedará duda ninguna al lector del que ejercian viendo á Usdrobal con ellos y á otros dos ó tres mas, Zacarías, el vizco, y el catalan, conocidos antiguos de la cuadrilla. Su conversacion parecia muy animada, y todos ellos hablaban con admiracion del valor de su capitan, quien habia tenido la noche antes una aventura, á su entender casi milagrosa, y á que habia dado dichoso fin.

— Yo no puedo menos de creer, decía el veterano de que ya hemos hecho mencion en la primera parte de nuestra historia, sino que el capitán es brujo, ó el mismo diablo, ¡ Jesus me valga! pues á no ser así no habria podido cogerla cuando ella iba saltando de pino en pino como acostumbra.

— Por lo que es brujo, repuso el vizco, no creo que lo sea; pero Lucifer mismo no asesta mejor una flecha, aunque sea contra un junco, ni tira con mas certeza; así que, no me espanto que aun cuando la maga fuese volando, la haya hecho bajar sin hacerla mal con solo cortarle una ala.

— Sin un conjuro que dice *maleficium... demolire universa ejus*, ó lo que es igual, te demoleré los huesos, y otras cosas que yo le enseñé, cree mi humildad, caros hermanos míos, replicó Zacarías, que nada hubiera logrado á pesar de lo que decís.

— Puede ser, repuso Usdrobal, mi dulce y respetable maestro; pero el re-

fran dice , y mejor lo sabeis vos que yo, á Dios rogando y con el mazo dando.

Para entender esta conversacion es preciso tomar el hilo de los hechos del buen capitan el Velludo , y retrocediendo algunas páginas , sabremos quiénes eran las prisioneras que trajo él mismo á Cuellar, y cómo y en dónde habian venido á sus manos.

El lector se acordará de la promesa que hizo el Velludo á Saldaña de proporcionar un guia experimentado que les condujese á la cueva de la maga , despues que no pudo obligar á ninguno de su partida á hacerse cargo de esta empresa , por el temor que todos , escepto Usdrobal , habian tomado á la supuesta fantasma. Todos los hombres tienen su amor propio, y asi se ve que hasta los mas corrompidos y mas sin fé gastan su puntillo de honor de cuando en cuando , y toman á cuenta suya ciertas empresas , mas por miedo de ser tachados de cobardes , viles ó tímidos , que por voluntad propia. Tenia el Velludo ademas el conocimiento in-

timo de su valor, muy probado y experimentado en mil riesgos, y confiaba tanto en el aliento y arrojo de que estaba dotado, que no podia menos de sentirlo mucho cuando éste le faltaba en la ocasion, siendo un acaso de este género motivo suficiente para estarse á sí mismo reconvinendo toda la vida hasta que tomaba una especie de satisfaccion de su falta, acometiendo otra vez la misma empresa, ú otra de igual clase que ofreciese mas riesgo.

La vista tan inesperada de un espectro en su propia cueva le habia sorprendido tanto como si hubiese visto de pronto todo el infierno junto, aunque para hacer justicia á su valentía, debe decirse que eran pocos los hombres de aquella época que á despecho de toda su temeridad no hubieran mostrado el mismo temor delante de una aparicion tan extraordinaria. El Velludo no pudo menos de sobrecojerse un momento, y la ligereza de su aterrada imaginacion dominó por entonces su corazon vigoroso; pero esto fue so-

lo un instante , y poco despues, recobran-  
do otra vez toda su energía, no pudo me-  
nos de reprenderse su debilidad. Con to-  
do ya era tarde ; su prisionera se le habia  
escapado, por decirlo asi, de las manos, y  
tuvo que confesar su falta y oir los im-  
properios é insultos de que le colmó el  
desesperado Saldaña. Pero esto fue preci-  
samente lo que le obligó mas que nunca á  
decidirse á buscar la pretendida maga, para  
resarcir lo que él llamaba su honra á toda  
costa , ya volviendo á recobrar á Leo-  
nor , ya tomando venganza de su robado-  
ra. Dudaba él si sería esta un ser sobre-  
natural , ó un cualquiera que oculto bajo  
aquel disfraz se habia arrojado á tanta te-  
meridad; si lo primero, quedaba en exami-  
nándolo disculpada su cobardía; pero si  
se verificaba lo segundo, en ese caso bien  
podia llamarse infeliz el autor de empre-  
sa tan aventurada. Con este pensamiento,  
y mas que nunca irritado con los denues-  
tos del señor de Cuellar , ansiaba mas que  
éste , si cabe , la llegada del saludador  
que uno de sus súbditos le habia ofrecido

\*

traer para que le sirviese de guía.

Consistia este oficio de saludador, que ha durado hasta nuestros dias, y tal vez conserva su crédito aun hoy mismo en algunos pueblos, en una virtud secreta heredada en ciertas familias, que servia para curar la rabia á los animales, hacer que á su voz se presentasen de repente cuando sus amos los habian perdido, gozando ademas los herederos de esta virtud de otros varios privilegios para sí mismos, como el de ser incombustibles, y no poder recibir daño de las brujas de quienes eran muy temidos. Distinguíase el verdadero saludador en tener dibujada naturalmente en la lengua una rueda de Santa Catalina, ó bien debajo de ella una cruz, aunque nadie todavía ha asegurado que haya visto ni una ni otra señal. El respetable Feijóo prueba con su sano juicio los engaños de que se valian estos impostores para comer á costa de los inocentes que les creían, y la mentira é impiedad de sus supuestos milagros. Ejercía regularmente asi este oficio

como el de bruja la hez de la sociedad, sin que su ciencia y sus falsedades les sirviesen para otra cosa que para mal comer sin trabajar, siendo como eran los seres mas derrotados y despreciables.

El saludador que el vizco habia prometido por guia no gozaba en esta parte de mas privilegios que sus cólegas en la facultad. Habia sido verdugo en Valladolid en su juventud, habiendo dejado fama en aquella ciudad de su destreza, habilidad é ingenio en el arte utilísimo de apretar gañotes, bien asi como el respetable tio del gran Tacaño, que era un *águila en el oficio*. Pero el tiempo, que derriba los torreones, allana los montes y aniquila los imperios mas populosos, habia ido poco á poco debilitando sus fuerzas y disminuyendo su agilidad, hasta el punto de haber tenido que nombrar por sucesor suyo á un su sobrino, mozo vigoroso y robusto, y que adiestrado por su tio no dejaba nada que desear á los conoedores en el arte gahnático, conviniendo todos cuando acababa de aciguatar á algun

penitente en aquello de Horacio, "que el águila altanera nunca engendró á la paloma tímida." El verdugo cesante tomó entonces el oficio de saludador, que aunque bastante noble, no era sin duda tan vistoso como el primero, y andaba á la sazón por aquellos pueblos; *quantum mutatus ab illo!* haciendo, según decían, curas tan prodigiosas como había hecho maravillas en su antiguo arte. Sus heridas privaron á Saldaña de conocer á este bellísimo sugeto, que no pudo acudir á verse con el Velludo hasta de allí á dos días por haber estado muy ocupado en curar un mulo rabioso, á quien no por miedo, puesto que su secreta virtud le protegía contra los furoros del animal, sino por lástima, no había querido tomar el pulso, y que murió sin duda por haberle llamado tarde.

El Velludo, á quien ya faltaba tiempo para acometer su empresa, deseoso de acabarla solo y recobrar mejor de esta manera su fama y buena opinion con el señor de Cuellar, no dijo palabra á

Usdrobal, que se habia ofrecido á acompañarle, ni á ninguno de su comitiva, y llamando á su perro salió al caer de la tarde con el buen hombre en busca de la fantasma, y determinado á embestir al mismo Satanás en persona. Fue esta misma noche aquella en que Leonor, por determinacion de Elvira, debia volver á su castillo y cuidar de su hermano, que aunque no tan mal herido como Saldaña, estaba de mucho cuidado.

Dejaron las dos amigas, como hemos dicho, el solitario asilo al oscurecer, sostenida Leonor del brazo de la generosa heremita, y caminaban muy despacio, no habiéndose aquella recobrado enteramente de su enfermedad, atravesando el sombrío pinar, tristes las dos y sin hablar palabra, Elvira esforzándose á contener las lágrimas que le arrancaba verse obligada por sus votos á separarse de la única persona en el mundo que pudiera compadecerla, y Leonor toda sobresaltada dividiendo los afectos de su alma entre su hermano y su amiga. Largo trecho ha-

bian andado, y no estaban ya lejos del castillo de Iscar, cuyas almenas empezaban á platear al rayo de la luna naciente, cuando Leonor, sintiéndose fatigada, se sentó junto á un pino para descansar, mientras Elvira en pie y atenta al menor ruido, temblaba por su amiga al mas ligero murmullo del viento.

— Vamos, le dijo; Leonor, ánimo; estos bosques son de mal agüero para tí, y tras de cada rama puede esconderse un hombre.

— Elvira mia, replicó Leonor, aquí ya no hay miedo; estamos muy cerca de nuestro castillo, y los bandidos no se atreven á cometer sus villanías tan cerca de donde á un grito mio podian hallar su castigo.

— Tu castillo, repuso Elvira, está muy lejos aun para que oigan tus gritos, y el gefe de los bandoleros es atrevido como un bridon de batalla. Anímate: ¿no oyes voces que se acercan? añadió poniendo el oido al viento: huyamos, Leonor, continuó con tono imponente, aun-

que sobresaltada; Dios ha puesto el recelo en mi corazón; sino obedecemos su voz él castigará nuestro orgullo.

Leonor sobrecojada se levantó con precipitación á pesar de su debilidad, y tomando el brazo de Elvira, ambas amigas aceleraron el paso.

No se habia engañado la hermana de Saldaña; la voz que llegó á sus oídos no era otra que la del Velludo, que venia en su busca renegando del respetable saludador. Tenia éste el mismo acierto para atinar con las habitaciones de brujas, que no sabia, y de que no le habian dado las señas, que para curar la rabia á los mulos, y era ademas tan cerril como sus pacientes, y tan cachazudo cuanto bastara para hacer desesperar otro ánimo menos impaciente que el del capitán.

El camino que habia tomado era precisamente el opuesto al que llevaba á la bóveda de Elvira, y mas de dos horas hacia que andaban descarriados de acá para allá por el bosque, y á pique en la

oscuridad de la noche de romperse la cabeza si tropezaban, sin que el sabio saludador hubiese encontrado siquiera vestigios de lo que buscaba. Iba el Velludo dándose á todos los diablos con la torpeza del guia, y mas enojado con él casi que con la maga, maldiciéndole é insultándole á cada mal paso que se encontraba.

— ¿Dónde demonios, le dijo, me llevas por aqui, sin saber tú mismo dónde vamos, arca de mentiras, que Dios confunda?

— Á buscar la bruja, respondió el saludador con calma y con una voz ronca como un tambor destemplado: voy mirando hácia arriba por ver si la veo volar.

— Si en vez de haber sido tú verdugo tantas veces, guindando hombres que valian mas que tú, replicó el capitan, hubiera querido Dios que hubieses sido solo una vez paciente, no andarias engañando á los tontos que te creemos.

— Cuando yo era verdugo, replicó el pobre hombre, nunca se me quejó nin-

gun amigo que fuese á parar á mis manos, y sino ahí está el manco tu primo, que si viviera podria decirlo, que cuando me monté sobre él me dijo que no habia ningun hombre de armas que montase mejor que yo, y otras cosas que calló, porque no le toca á un hombre alabarse.

— En efecto, repuso el Velludo distraido con el recuerdo de su primo, no me descontentó el modo como le ahorcaste. ¡Era mucho hombre mi primo! ¡qué lástima que cayese en tus manos tan jóven!

— A muchos he puesto la cuerda al cuello, repuso el saludador, pero no he visto ninguno de mas hígados que tu primo. Cuando le bajé la gola para ponerle el collar, no parecia sino que se iba á afeitar segun lo grave que estaba. ¡Ah! continuó con sentimiento. Pasó ya aquel tiempo en que yo era el miembro mas lucido de justicia que habia en la corte; mi juventud se ha rozado y ha perdido su vigor como una cuerda á fuer-

za de usarse; mi cuerpo es débil como los palos de una horca vieja, y yo ya no veré alrededor de mí un inmenso concurso admirando mi habilidad; no representaré ya el segundo papel en la fiesta, despues del hombre que confiaban á mi cuidado. ¡ Infelices racimos de la de palo, ¡ cuánto echareis de menos al misericordioso Soguilla! ¡ hi! ¡ hi!

Decia esto llorando con tanta pena, que el Velludo no pudo menos de sonreirse.

— Buen Soguilla, le dijo, sino fuera por el respeto que un verdugo decano se merece de los hombres de bien, juro que yo te habia de enseñar á ser saludador, y á servir de guia por caminos que no conoces. ¿ Pero qué sombra es aquella? Ya se deslizó detras de aquel pino. ¡ Una muger! ¡ la maga! ella es: tú por un lado y yo por el otro.

Dos bultos parecieron en este momento y se ocultaron al punto, refugiándose tras de los árboles por no ser vistos, la maga y Leonor, habiendo oido

con mucha claridad las últimas palabras del Velludo, que penetraron en su corazón, helando hasta el tuétano de sus huesos. Leonor especialmente mas atemorizada se asió al brazo de su compañera sin saber qué hacerse, mientras ésta, mas acostumbrada á semejantes azares, miraba á un lado y á otro buscando por dónde huir, esforzando á su amiga y rogando á Dios que las librase de aquel peligro. Seguramente Elvira podria haberse escapado de su enemigo, siendo el principal intento de éste, cuyos penetrantes ojos ya habian descubierto á Leonor, no meterse con la maga, sino era preciso, hasta haber recobrado su prisionera, y no siendo el saludador, hombre gordo y ya viejo, un obstáculo muy temible. Pero la idea de abandonar á su amiga no podia abrigarse en el noble corazón de Elvira, resuelta mas que nunca á sacrificarse por ella, libre ya de temor en el momento mismo del riesgo, y poniendo toda su confianza en Dios con todo aquel fuego celeste que elevaba tanto su alma.

— Leonor, le dijo á su amiga, no huyas, porque sería inútil, y colócate tras de mí. Si mi presencia quiso Dios que aterra-se una partida de foragidos, ahora con su poder hará que á mi vista retroceda ese bandolero.

— Mi castillo está cerca; yo gritaré, replicó Leonor, y acaso podrá oírnos el centinela.

— No muestres nunca tu miedo al que te persigue, repuso Elvira; antes que te oyeran serías presa de ese mal hombre. El Señor está con nosotras, él nos asistirá.

En esto estaban, cuando oyeron decir al Velludo *¡ella es!* &c., y se escondieron por instinto detras del pino. Era esta la única esperanza que les quedaba en aquel apuro, y acaso el terror que inspiraba la vista de Elvira no habria dejado de producir su efecto, si el capitan no estuviese ya prevenido y determinado á hacerla frente y á averiguar quién era, no obstante que en secreto sentia cierta especie de repugnancia conforme se iba

acercando. Su guía, no tan valiente como él, ni con mucho, procuró quedarse algunos pasos detras abriendo los ojos y la boca como espantado, y buscando por todas partes la temerosa bruja que él no habia visto, y que se le figuraba que iba á echar á volar de pronto como una perdiz sale de entre las viñas á poca distancia del cazador.

Por último, el Velludo hizo la señal de la cruz, y se arrojó hácia ellas con el hacha en la mano gritando:

— Por la Virgen de Covadonga, entrégate, aunque seas el mismo diablo, ó te mato.

Tendió hácia él Elvira su mano derecha con magestad, y acaso su imponente y negro aspecto hubieran enfriado la resolución del bandido, si Leonor que vió el hacha en alto amenazando descargar su golpe sobre su amiga, no se hubiese soltado de ella y echádose á los pies del Velludo, pensando salvarla de esta manera de una muerte inevitable á su parecer. Conoció con esto el capitan su fuerza y la debili-

dad de sus contrarios, por lo que bajando el hacha les intimó que se entregasen á discrecion, jurando que él no les haria daño alguno, ni las ultrajaria en ningun modo, siempre que no tratasen de huir ni hacer la menor resistencia.

— Déjanos en libertad de continuar nuestro camino, respondió Leonor, y yo te prometo por la fé de caballero de mi hermano darte por nuestro rescate mas oro que has visto en toda tu vida.

— Despues hablaremos de eso, replicó el Velludo; veamos antes quién es esta bruja, que me ha hecho pasar mas vergüenza que he tenido en toda mi vida.

Y diciendo y haciendo se acercó á Elvira, que, dotada naturalmente de ánimo, y arrebatada de su celestial entusiasmo, no habia hecho movimiento alguno, y solo temia por su amiga, á quien ya veía sin remedio en poder de su hermano, á pesar de sus esfuerzos para salvarla.

— Alzate esa capucha, dijo el Velludo, y enseñanos esa cara.

— Huye, malvado, respondió Elvira, y teme el castigo del cielo si llegas siquiera á tocarme.

— ¡Hola! replicó el capitán; voz muy dulce tiene la maga. Torpe has andado si eres el diablo en tomar voz de muger para asustar á nadie. No me estorbeis el paso, señora, prosiguió hablando con Leonor, que se habia abrazado á sus rodillas para detenerle.

— Dejadla por Dios, dejadla, gritaba esta; ella no hace mal á nadie; ya me teneis á mí, llevadme á Cuellar, matadme; pero dejad, respetad el secreto de esa muger.

— Nada de eso; y no os abraceis al lobo aunque os parezca manso, respondió el Velludo. Yo he jurado que le habia de quitar las ganas, á quien quiera que fuese, de venir á asustarme á media noche á mi misma casa, y lo cumpliré... ¡Vaya! ¡fuera! añadió; y empujando á Leonor á un lado, y desasiéndose de ella; se acercó á Elvira, y á pesar de sus amenazas le echó la capucha atras y le des-

cubrió el rostro, trayéndola por fuerza á donde daba la luna.

— ¡Una muger tan jóven y tan hermosa, gritó el Velludo atónito de su descubrimiento, y andar así en este traje por estos andurriales!!! ¡Eh! ¡Zamacuco! continuó llamando á su guía, que no hacia mas que abrir los ojos hecho un bausan, hasta el punto que él mismo pensó que se le rasgaban hasta la cabeza. Cuida de esa otra dama mientras yo examino esta... ¿Quién eres? le preguntó volviéndose á ella.

— Si te dijese mi nombre pecaría; nadie, repuso Elvira con dignidad.

— ¿Qué hacías en estos desiertos?

— Nada.

— Secretos tengo yo, respondió el capitán, que te harían hablar, y han hecho soltar la lengua á hombres de bigotes muy ásperos, puesto que determinado venia á enviarte esta noche á dormir al otro mundo; pero eres una muger, no puedes defenderte, y me das lástima. Por lo demas, no me importa saber quién eres;

tu oficio de bruja acabó, y por ahora vendrás conmigo á hacer compañía á tu amiga en el castillo de Cuellar, donde no te faltará tambien alguno que te agasaje.

— Mis pecados, repuso Elvira en tono solemne, me han traído á este punto; cúmplase la voluntad de Dios.

Entre tanto Leonor habia tratado de huir hácia su castillo, y alarmar si era posible la guarnicion con sus gritos, cuando el Velludo, volviendo con Elvira asida de un brazo hácia ella, se interpuso en su camino con la presteza de un rayo, y la detuvo por el vestido.

— No, ahora no será como la otra vez; Belzebú habia de venir, y nos las habíamos de ver él con sus tizones y yo con mi hacha.

-- ¡Ah! exclamó Leonor. ¿No hay quién me favorezca? ¡Los hombres de armas de mi castillo ahí mismo, y no me oyen! ¡Casi los siento hablar, y no me oyen!!!

-- Y aunque os oyeran sería lo mismo, replicó el Velludo, mandándolas que

\*

le siguiesen: venid conmigo; yo no soy cruel, y sentiria tener ahora que serlo si os empeñaseis en no obedecerme.

Tenia el Velludo algo en su voz que naturalmente imponia, aunque se esforzase á dulcificarla, y así por esto, como por ser toda resistencia inútil, ambas cedieron á su voluntad, Leonor llorando y ofreciéndole mil tesoros por su rescate, y maldiciendo su suerte casi desesperada, y Elvira sin hablar palabra, y con estóica resignacion.

-- ¿Qué diablos hacias ahí, papanatas? dijo el Velludo al saludador abriendo como él la boca con una mueca.

-- ¡Toma! repuso el misericordioso Soguilla con su voz bronca. ¿Y qué he de hacer con una bruja que se hecha á volar? Dí que hubiera sido un lobo rabioso, y le hubieras visto mas manso que una borrega.

-- ¡Ojalá! replicó el capitan con sorna.

Tales fueron las aventuras de aquella noche, y tal era el asunto de la conversacion que hemos interrumpido para con-

tarlas, por lo que volviendo á nuestros bandidos, que aguardaban á su capitan, añadiremos otra persona al corro á quien en otro tiempo no habrian querido tener tan cerca por su oficio de verdugo, y que ahora departia con ellos agradablemente, merced al que ejercia de saludador.

-- Si no hubiese sido por mí, dijo éste en adicion á lo que habia dicho Usdrobal, poco le hubieran valido vuestros consejos, señor Zacarías; pero yo hue-lo las brujas lo mismo que olía en mi tiempo cuando iba á haber ocupacion en mi oficio, y ensebaba los cordeles de modo que al hombre de menos gusto le habria dado tentacion de ahorcarse, y mas de una vez estuve yo para hacer la prueba.

-- Si la hubieses llegado á verificar una sola vez, dijo Usdrobal, no habrias ido esta noche á caza de brujas. ¿No es cierto?

-- No lo puedo negar, repuso gravemente el saludador, y para ser tan mozo hablais con mucho tino.

-- ¿Pero la bruja voló, ó no voló? preguntó el veterano tinieblas.

-- Como una garza, contestó Soguilla; pero yo la hice caer á los pies del Velludo por mi virtud de saludador, puesto que por mas que hice no pude hallarla el pescuezo.

-- Pero el vuestro con poco que se busque no será difícil hallarlo. ¿No es cierto? preguntó Usdrobal con mucha seriedad burlándose del enorme cerviguillo que descubria el ex-verdugo.

-- Sin duda, replicó Soguilla mirándole con atencion; y volviéndose á los otros continuó: ¿este mozo ha estudiado?

— Es un girifalte, repuso el vizco, y sabe latin.

— ¡Oh amigo! para verdugo no hay cosa como saber latin.

-- Hasta ahora no he estudiado mucho, respondió Usdrobal; pero mi maestro es el benignísimo y piadosísimo señor que aqui veis, y señaló á Zacarías, por lo que podeis esperar que si no llego á verdugo llegaré á ahorcado, y en cuanto

¿ saber latin, ya sabeis que sirve lo mismo para uno que para otro.

— No os mofeis del humilde siervo de Dios, repuso el maestro con su acostumbrada dulzura.

Usdrobal se levantó, volvió la espalda al corro, y empezó á cantar con aquella apariencia indiferente y alegre que le era natural:

Cuando miro una horca  
con su colgajo,  
guiño el ojo, me rio  
y aprieto el paso.  
Por mi consuelo  
murmurando entre dientes  
morir tenemos.

Á pesar de su buen humor y natural alegre, Usdrobal sentia en aquel momento cierta inquietud y desasosiego por una de las prisioneras, á quien sin saber por qué habria querido dar libertad de buena gana ó verla á lo menos, y sin que él pudiese darse razon á sí mismo, se alegraba entre tanto interiormente de que Saldaña estuviese imposibilitado de entenderse con ella por sus heridas. Este inte-

res por Leonor, que á no calcular la distancia del rango que los separaba podria acaso atribuirse á otro afecto mas vehementemente que el de la compasion, le ponía pensativo de cuando en cuando, determinándole á abandonar el servicio del Velludo, incitado ademas por su buena índole y sentimientos nobles, que le hacian desagradable el género de vida que habia abrazado, mas por necesidad que por inclinacion. Su mala cabeza y carácter abandonado se lo habia hecho sobrellevar sin pesadumbre hasta entonces, pero su corazón se resentia de la villanía de su oficio, mientras su imaginacion, engrandeciéndole á sus ojos el brillo que rodea al guerrero de buena fama, y mostrándole facil el camino de la gloria que podria abrirle su lanza hallándose en otro estado mas noble, le hacia desear la ocasion de señalarse públicamente por algun rasgo marcado de caballerosa bravura.

Combatido estaba de estas imaginaciones, cuando vió venir al Velludo, que salia del castillo mano á mano y hablando

amigablemente con un hombre alto y tan seco que parecia que solo le quedaba el pellejo segun lo correoso que era, el rostro muy tostado del sol, bigote entre cano y caido, pelo del mismo color, nariz larga y tan colorada como si la hubiesen dado de bermellon, lo que le daba trazas de no disgustarle el jugo de la uva, en confirmacion de lo cual sus ojos lucian con aquel brillo vidrioso que marca comunmente á los borrachos de profesion. Traía en la cabeza un gorro de pieles, y envuelto en una ancha capa, solo dejaba ver sus piernas cubiertas de planchas de hierro puestas unas sobre otras á modo de tejas, lo que daba muestras que venia armado, y en sus movimientos y contoneo jaqueton se conocia que estaba muy pagado de sí mismo, y que miraba con desprecio á los otros, todo lo cual confirmaban su mirada de lástima y su labio inferior caido naturalmente. Era nada menos que el gefe de la compañía aventurera que el señor de Cuellar pagaba y mantenia en su castillo, aragonés de na-

cion y con mucho renombre de buen soldado y buen bebedor, amigo de la guerra, de las mozas, y sobre todo de la bota y de los valientes, habiendo reunido una compañía volante con la que andaba al pillage, ó servia al que mejor le pagaba, no reconociendo mas ley que su espada, mas rey que el dinero, ni mas órdenes que su voluntad. Rayaba ya en los cincuenta años, y era muy grande amigo del Velludo, por haber sido soldados juntos en su mocedad, y no obstante que el aragonés tenia en mucho mas su oficio de aventurero que el de bandido, no por eso dejaba de mirar con mucha consideracion á su amigo, que tenia tan bien sentada su fama como el que mas, y en un momento á una voz suya podia poblar todos aquellos bosques de un ejército de bandideros.

Llegaron adonde estaba Usdrobal, y el Velludo viéndole pensativo le dijo:

— ¿En qué piensas, buena alhaja, que estás ahí que pareces un asno viejo?

El aragonés echó una mirada á Us-

drobal de arriba á abajo con aquella apariencia insultante de compasion que le era propia, y volviéndose al capitan le guiñó el ojo empujando la barba hácia él con un gesto que equivalía á preguntar ¿qué mozo es ese? y á que el Velludo contestó mirándole de reojo y echando hácia fuera ambos labios como si fuera á silbar, dándole á entender que el mancebo tenia el alma bien puesta, y que era mozo de manos. Todo esto fue obra de un momento, y Usdrobal, sin echarlo de ver, dirigiéndose á su capitan dijo:

— Estaba pensando que vale mas ser cabeza de raton que cola de leon, pero que en caso de ser cola de uno ú de otro, vale mas serlo del rey de los animales.

— No entiendo á qué viene eso, replicó el Velludo, pero creo que tienes razon sino dices mas.

— Viene, replicó Usdrobal, á que yo quisiera mas bien ser arriero que burro; pero ya que siempre he de ser burro, quisiera serlo de un señor mas bien que de un molinero.

— Todo eso está muy bien, respondió el capitán; pero si no te esplicas mas claro, te quedarás siendo burro toda tu vida.

— Á mí el abad de San Bernardo me enseñó á esplicarme por rodeos; pero aunque algo torcido en mis esplicaderas, soy muy recto, y siempre voy por el camino derecho, *via recta*, cuando se trata de obrar; así que, ahora pregunto, ¿qué querriais mas, ser quien sois, ó ser señor de Cuellar?

— Ser señor de Cuellar, repuso el capitán sonriéndose. ¡Pareces tonto!

— ¿Y si os hiciesen rey, lo prefeririais á eso?

— ¿Quién lo duda?

— ¿Y en caso de servir, á quién serviriais mejor, al rey ó á Sancho Saldaña?

— ¡Toma! al rey.

— Pues vos mismo habeis desatado mi duda, y ya estoy resuelto á servir como soldado aventurero entre los hombres de armas del señor de Cuellar y á dejar lugar para otro en vuestra partida.

Frunció el Velludo las cejas, sus ojos se iluminaron de pronto, y lanzó una mirada de cólera sobre Usdrobal, irritado de que éste le tuviese á él por tan poco que se creyese ser cola de raton hallándose en su servicio, mientras su compañero el aragonés con su acostumbrado desdeño le dirigió la palabra. — ¿Y qué hombre eres tú para alistarte bajo mi bandera? ¿Ni qué papel has de hacer tú entre veteranos, que al que menos le llega la barba al cinto?

— Ocuparé el lugar, repuso Usdrobal, que ocupa un hombre en todas partes, y rayaré donde raye el mas alto.

— Eso sí, replicó el Velludo, y cualquiera á quien yo admito en mi partida es muy capaz de romper una lanza con el mejor de tu compañía.

— ¿Con el mejor de mi compañía! respondió el aragonés sonriéndose, y volviendo á Usdrobal continuó: ¿sabes montar á caballo?

— Como un moro granadino.

— ¿Enristras bien una lanza?

— No sé quién eres, pero si quieres saberlo por tí mismo, me remito á la prueba, y no hay mas que hacer.

— ¡Puede! replicó con calma el aventurero. Dí, Velludo, ¿qué te parece de lo que dice este almogarabe?

— Que dice bien, replicó el capitan, y que es muy capaz de hacer lo que dice; pero ven acá, niño, continuó hablando con Usdrobal, ¿qué ventolera te ha dado de dejar tan pronto mi compañía?

— ¿No soy yo libre de hacer lo que mejor me convenga? preguntó Usdrobal.

— Sin duda eres libre; pero sabe que pierdes mucho en dejarme, primero porque aqui conmigo no tienes mas gefe que á mí, y en entrando en el cuerpo de aventureros tendrás mil que no lleguen á la suela de mi zapato.

— ¡Pasito, amigo, pasito! replicó el aragonés; tú y yo nos conocemos y basta.

— No hablo por tí, continuó el Velludo; y ademas, como iba diciendo, sabe que este raton, si toca este cuerno, y señaló al que llevaba á la espalda, reune

en veinte y cuatro horas mas de mil valientes bajo sus órdenes, á quienes paga con mas rumbo que puede pagar en su vida el mismo rey en persona.

— Todo eso tambien lo sé, replicó Usdrobal, y yo siempre os respetaré; pero por ahora he determinado sentar plaza de aventurero, si me admiten, en las lanzas de ese castillo, y faltaria á un voto que he hecho sino cumpliese mi resolucion.

— Pues hijo, á mí no me haces falta; Dios te guie, y para que veas que te quiero bien, este amigo es el gefe de la compañía, y el que te ha de admitir en ella.

— Á mí me basta tu recomendacion, repuso el aragonés; la estatura no es mala, es mozo, parece robusto, añadió mirándole con despacio, y justamente está vacante la plaza de un buen muchacho que antes de ayer bebiendo conmigo, por broma le fui á dar de plano con la espada y le rajé la cabeza hasta la barba sin querer de una cuchillada. ¡ Un buen muchacho!

— Pues sí, amigo, yo te le recomien-

do, respondió el capitán, y á Dios, que voy á recoger mi partida: á Dios, Usdrobal.

— No, eso no; cuenta con lo que se habla, y trae la bota antes de que te vayas, dijo deteniéndole el aragonés, que estoy seco de hablar, y este muchacho no se ha de separar de tí como si fuera un nadie.

— Y mucho menos sin despedirme de mi piadosísimo maestro, añadió Usdrobal.

— Pues entonces venid conmigo, respondió el Velludo, y si han dejado algo lo beberemos en buena paz y compañía.

Diciendo así llegaron al corro, y hallando la bota todavía bastante provista, empinaron el codo hasta vaciarla, y Usdrobal se despidió de sus compañeros. Zacarías lloró, gimoteó, y le rogó que no abandonase la paz del desierto por los placeres mundanos; los demás camaradas no mostraron la mayor pena por su partida, y aunque las libaciones fueron copiosas, todos se pusieron en pie al echar el último

trago, y el Velludo se despidió de su amigo el aventurero y de Usdrobal, retirándose con su gente, mientras estos volvieron paso á paso al castillo.

Poca bebida era aquella para hacer dar traspies al aragonés, que tocante á vino era una cuba sin fondo, y cuando mas llegaba á ponerse alegre; pero aquel dia habia recibido un amigo íntimo, y su lengua, algo trabada, se resentia del fino agasajo que le habia hecho, por lo que todo el camino vino hablando á Usdrobal acerca de sus deberes.

— Sí señor, decia, la sibordunacion, y la desceplina, y buen empuje cuando se trata de enris... enris... enristrar lanza.

— No tengais cuidado, que no me quedaré atras, respondió Usdrobal interrumpiendo un romance que venia tarareando entre dientes.

— Está bien: porque el hombre ha de ser mulo, y cuando llegue el caso un trago de vino y á ellos.

Con esta conversacion entraron en el castillo, donde Usdrobal fue alistado en

la compañía, y le dieron las armas del difunto á quien habia relevado, que él se vistió, muy contento de verse ya hombre de armas, y sobre todo de estar cerca de la hermosa Leonor, decidido á favorecerla en todo, y libertarla si fuese necesario á costa de su propia vida.



---

**CAPITULO XIV.**


---

.....

Tanto que dije entre mí :

¿ Todo el mundo se me atreve?

¿ Tan dejada te parezco?

¿ Eres tú tan insolente

que aunque me prometas reinos

mis favores te prometes?

(*Romancero.*)

**Y**A hacia ocho días que estaba Usdrobal con sus aventureros muy apreciado de todos ellos por su ánimo resuelto y humor alegre, su semblante franco y natural descaro, habiéndole hecho hallar muchos amigos en el castillo. Estas amistades en tan breve tiempo no parecerán extrañas al que haya vivido algún tiempo entre militares, donde la franqueza y familiaridad del trato hace que la amistad se estreche é íntime casi á primera vista; pero mucho menos raro parecerá si trasla-

\*

dándonos á aquellos tiempos en que ser valiente era la cualidad única que se exigía para ser estimado de todos, consideramos que tanto los compañeros de Usdrobal como los demas habitantes de la fortaleza eran hombres que se pagaban mas de un rasgo de resolución y un trago á tiempo, que de una accion filantrópica, viendo en cualquiera de estas dos cosas todo lo que necesitaban para elegir un amigo. La mayor parte de los soldados aventureros no tenían nada que echar á Usdrobal en cara, porque si éste habia dejado el ejercicio de bandolero para tomar aquel, ellos habian tenido otros oficios en su vida de igual especie ó peor, toda la compañía, siendo generalmente compuesta de hombres sin oficio ni beneficio, extranjeros, mercenarios y desertores.

Usdrobal, siempre fijo en su empresa de salvar á Leonor, que era el principal intento que le habia traído á hacerse hombre de armas entonces, no desdeñó la amistad de ninguno, y al contrario puso

\*

de su parte cuanto pudo para granjearse la de muchos mas , pensando, como general prudente, en hacerse aliados dentro de la misma plaza que pretendia embestir, antes de ponerla sitio. Con este fin, y valido de su flexibilidad de carácter, bebía con los unos, hablaba con los otros, y se mostraba generoso con todos, gracias al dinero que le valió su estancia con el Velludo, sin descuidarse al mismo tiempo en ir reconociendo el terreno, visitar la fortaleza, y siempre tratando de averiguar dónde estaba detenida la hermana de Hernando, deseoso de verla y comunicar con ella sus planes. Pero á pesar de su vigilancia y buen deseo, sus esfuerzos tocante é este punto no hubieran producido acaso ningun resultado, si los celos y el despecho de una muger vengativa no hubiesen venido justamente á favorecer sus proyectos. Zoraida, mas irritada que nunca contra Saldaña, habia sabido ya, gracias al page, que no se habia descuidado en decírselo, quién era una de las prisioneras, y mas interesada que nadie en

hacerla desaparecer del castillo antes que Sancho se recobrase enteramente de sus heridas, no habia cesado de meditar un punto desde entonces el modo de cumplir su deseo. Su conocimiento de todas las comunicaciones secretas, escaleras ocultas &c., de un castillo en que habia pasado tantos años, las riquezas que poseía, y sobre todo su audacia y carácter emprendedor, hacian de ella el mejor aliado que Usdrobal podia desear, y que su buena suerte le proporcionó.

Sabia muy bien Zoraida que de todos los servidores de Saldaña los mas fáciles de sobornar con dinero y mas aptos para aquella empresa eran los aventureros, y ya mas de una vez habia tratado de descubrir á alguno de ellos su plan, puesto que su poca influencia con el señor de Cuellar habia disminuido su crédito entre aquellas gentes, y esta consideracion hubo de contenerla algun tiempo. Muchas veces habia ojeado los individuos de la compañía, buscando entre ellos alguno á quien confiarse, y aunque la muestra y

apariencia de todos los manifestaba muy capaces de tomar á su cargo cuanto bueno ó malo se les encomendase, esto mismo la hacia dudar, temiendo que si la descubrian, su venganza quedaria sin cumplirse, y Leonor para siempre en poder del señor de Cuellar. Con todo, ya habia observado á Usdrobal, y los ojos de lince de los zelos la habian hecho en parte descubrir sus intenciones, habiéndole oido hacer varias preguntas acerca de la habitacion que ocupaba la prisionera, que aunque hechas al parecer con indiferencia, y solo como por mera curiosidad, Zoraida las imaginó sospechosas, y mucho mas cuando informada de que era un soldado nuevo, no pudo menos de figurarse que en aquel hombre de armas estaba disfrazado acaso el amante de Leonor, que se habia alistado aventurero con el fin de salvarla. Este pensamiento, y mas que todo la buena cara y modales naturalmente francos de Usdrobal, acabó de engañarla, afirmándola en la idea de que siendo el amante oculto de dama

tan principal, tenia de ser caballero, no pudiendo menos de serlo un hombre de continente tan desembarazado y fisonomía tan resuelta, por lo que mas animada que nunca se decidió á hablarle en secreto, y asegurarse de este modo si era ó no cierta su presuncion.

Por su parte Usdrobal no habia dejado de informarse de quién era aquella estrangera tan bella que parecia tan triste, y no faltó tampoco quien le contase lo que deseaba, y punto por punto le refiriese sus amores con Saldaña, y los desdenes que ahora sufria. Esta narracion le originó el pensamiento de aliarse con la hermosa mora, pensando con razon que sin duda, movida de sus zelos y por su propio interes, habia de desear con ansia verse de cualquier modo libre de su rival, y que su proposicion de alianza para este caso sería aceptada con gusto. Muchos deseos tenia de hablar y franquearse con ella, y aunque la prudencia tal vez exigia que él no fuese el primero en romper la baya, como esta cualidad no era la

que mas brillaba entre las que Usdrobal poseía, lo hubiera ya hecho á no mediar, á su parecer, una consideracion que le irritaba y afligia al mismo tiempo. No sabiendo si Leonor amaba ó no á Saldaña, y no pudiendo por esto contar con su voluntad para el proyecto que meditaba, traíale pensativo esta idea, y á veces hasta le ponía tan furioso como si él la amara verdaderamente, y zeloso de ella desconfiase de su constancia.

Pero cuando ya tranquilo se detenía en pensar en los medios de que el de Cuelar se habia valido para poseerla, en el odio que habia oído decir se profesaban las dos familias, y en la fama que tenia Saldaña en aquellos contornos, su ira se aplacaba y su pesadumbre se desvanecía, conociendo cuán poco fundadas iban sus conjeturas, y asegurándose cada vez mas en que el servicio que trataba de hacer á Leonor era en aquellas circunstancias el que mas le agradeceria. No obstante, deseaba verla, y ya algunas veces habia intentado penetrar en su estan-

cia; pero ésta, colocada precisamente en el primer tramo del edificio, y á la otra parte en el fondo, estaba vigilada por los servidores mas leales de Saldaña, quien al momento que supo el nombre de su prisionera, lleno de gozo habia nombrado los que la habian de guardar, con orden de no dejar acercar á nadie sino á su page favorito y á las damas que la sirviesen. Añadíase ademas, que Usdrobal, que no sabia fijamente la habitacion y no queria hacerse sospechoso, miraba como otros tantos espías suyos á cuantos subian y bajaban por la escalera principal, única que él conocia que condujese hasta alli. Enojado con tantas dificultades no sabia que hacerse, aprobando y desechando cuantos recursos le ofrecia su imaginacion, mas por miedo de empeorar la situacion de Leonor que por temor de su vida, aunque sabia que Saldaña no tardaria mas tiempo en mandarle despedazar vivo que el que tardase en conocer su intencion.

En esto estaba, cuando un dia á tiem-

po que se paseaba por un corredor, solo, mirando á un lado y á otro por ver si descubria algun secreto pasadizo ó escalera que le llevase adonde queria, sintió que le tiraban suavemente de un brazo, y volviendo á ver quién era, vió una niña de poco mas de diez años, que en lengua árabe y con señas muy espresivas le suplicaba que le siguiese, que le tenia que comunicar un secreto. Era Usdrobal demasiado amigo de aventuras para que dudase en seguir la que se le presentaba, y aunque avisos de aquel género eran en los castillos de aquel tiempo señales de dicha á veces, y muchas otras de muerte, lo que él menos pensó fue en lo que podia sucederle, dispuesto á arrostrar cualquier peligro, y pronto á todo con tal de satisfacer su curiosidad. Como Usdrobal no conocia bien la lengua en que le hablaba la niña, ni le preguntó nada, ni se detuvo un momento, sino abrazando su espada siguió con ligereza los veloces pasos de la esclavilla, que despues de haberle hecho subir por una escalerilla de

caracol, muy estrecha, cortada en el mismo muro del edificio, que conducia á uno de los torreones que flanqueaban la fortaleza, le hizo atravesar una galería muy oscura, abrió despues una puerta, y quedándose ella afuera para que él entrase primero, Usdrobal se halló como por encanto en una habitacion soberbiamente adornada.

Una muger pálida, y en cuyas mejillas se marcaban aun los surcos que habian formado lágrimas muy recientes, estaba sentada sobre dos almohadones moriscos, cubierta de una almalafa de seda, cuya capucha caída dejaba ver su rostro, que tan magestuoso como afligido, inspiraba á un mismo tiempo el respeto y la compasion. Usdrobal conoció en ella á la hermosa mora á quien habia visto algunas veces, y de cuya historia ya le habian informado, y habiéndola saludado respetuosamente, quedó en pie y á cierta distancia, aguardando, para romper el silencio, á que ella hablase primero. Zoraida estuvo un rato callada como dudan-

do el giro que daría á su discurso, y no sabiendo como empezar, alzó en seguida los ojos, y habiéndole echado una mirada de curiosidad, sin duda con intencion de leer en su corazon y penetrar de este modo el misterio que á su parecer se escondia en aquel jóven, con acento tranquilo, aunque melancólico, dijo:

— Aunque el puesto que ocupais en este castillo os hace parecer á los ojos de todos solo como un simple soldado, yo no puedo menos de creer que vuestra sangre es ilustre, y que vos sois otra cosa que lo que aparentais.

— Mi sangre, señora, respondió Usdrobal, puede ser la sangre de un rey, ¿quién sabe? porque yo no he conocido á mis padres, y en cuanto á mostrar otra cosa que lo que soy, puedo aseguraros que aunque no muy viejo, he corrido ya tantas aventuras, que muchas veces hasta yo mismo me desconozco.

— ¿Pero vos sois caballero, preguntó Zoraida, no es cierto?

— Si no lo soy, repuso Usdrobal, me

siento capaz de serlo, y estoy pronto á acometer la empresa mas árdua de que pudiera un caballero gloriarse.

— No me he engañado, dijo la mora, que dió por cierta su conjetura al oír el tono altivo que usaba Usdrobal en su espresion, no me he engañado, y os aseguro que quien quiera que seais, podeis hablar francamente conmigo. Yo soy una muger, y una muger sin ningun auxilio en el mundo; vivo, por decirlo asi, sola en el universo, pero mi alma es noble, y mi corazon es tan vengativo como generoso. Vos deseais quizá tomar venganza de otros agravios, yo de los míos; tal vez nuestro enemigo es uno mismo; reunamos nuestras fuerzas y conspiremos de mancomun contra él. Si sois un caballero, os bastará que una muger desgraciada os reclame por su defensor; si sois villano, riquezas tengo, podeis disponer de todas.

— (Pues señor, bien va el negocio, prudencia. Si estuviera aqui mi maestro, pensó Usdrobal, no dejaria pasar en

blanco esta palabra; pero ya que esta muger me cree caballero, portémonos como tal.) Yo, señora, continuó dirigiéndose á Zoraida, no comprendo bien vuestro discurso, y os suplico que sino lo tomáis á mal, os espliqueis mas claro: vuestra situacion me mueve á favoreceros, y asi no teneis nada que disfrazar. En cuanto á las riquezas que me ofreceis, os las agradezco, porque soy mas amante de la gloria que del dinero.

— No os ocultaré nada, replicó Zoraida, siempre que me deis vuestra palabra de caballero, pues sin duda lo sois, visto vuestro proceder generoso, de no comunicar á nadie lo que os dijere, caso que no querais ser cómplice de mis designios. Dádmela, y acaso no sentireis tenerme por aliada.

— Yo os doy la palabra mas sagrada, repuso Usdrobal, que un caballero pudiera dar, y os prometo cortarme la lengua antes de que ella revele á ningun viviente vuestro secreto, cualquiera que sea, aunque fuese vuestra intencion ase-

sinar á mi mismo padre si lo tuviera.

— Me basta , respondió la mora ; voy á abriros mi corazon. El señor de este castillo fue en otro tiempo mi amante ; ahora es mi mayor enemigo. Me ha despreciado , me ha humillado , se ha olvidado enteramente de mí , y yo le he amado como nunca se amó , y he desoido la voz de mi orgullo mas de una vez para perdonarle. Yo he sufrido sus desprecios sin dar siquiera una queja , le he visto apartarse de mí , y sola con mi dolor , talvez he tenido compasion de su tristeza olvidándome de la mia : mis lágrimas han corrido en silencio , mi amor por él he sentido que se aumentaba con su desden , y lejos de pensar en vengarme de su inconstancia , me he esforzado á hacerme mas agradable á sus ojos , á consolarle , determinada á sacrificar mi vida por hacer su felicidad. Sí , yo estaba determinada á morir ; lo estoy ahora mismo mas que nunca , pero vengada. Nuevos ultrajes , horribles insultos , insufribles zelos han venido ahora á amargar con su pon-

zoña mi corazon, y él va á ser feliz en brazos de otra muger. ¡Oh! no. Él dividió conmigo sus placeres en otro tiempo; él me ha hecho hartarme de hiel; justo, muy justo es que los dos ahora agotemos juntos hasta las heces la copa de la amargura. No, no; se engaña, si mientras yo viva, cree el infame con los alhagos de otra muger disipar los tormentos que le abruman; Zoraida se los hará sentir mas crueles; ¡nunca muger ninguna, ninguna, los calmará con sus caricias!!! Pero esto para vos es nada, continuó mas tranquila; vos ni nadie en el mundo pueden volverme la paz; nadie calmará nunca mis sufrimientos; todo lo mas que puedo esperar de vos es que ayudeis mi venganza. ¿Qué importa? es bastante: ¿conoceis á Leonor de Iscar? ¿sois acaso su amante?

— Soy, señora, respondió Usdrobal, cuya alma sensible habian conmovido las palabras de la hermosa mora, soy quizá el hombre que mas culpa tiene de que esta dama esté ahora prisionera y en poder de vuestro enemigo. Soy quien sin

saberlo la traje al punto en que ahora se ve; pero ya, arrepentido de lo que hice, estoy resuelto á morir ó á libertarla, y nada habrá, por peligroso que sea, por difícil que parezca de superar, á que no me arroje, y que yo no arrostre, siendo esta la pena que me he impuesto por el delito que cometí. Acepto con gusto vuestra oferta, y desde ahora juntos formaremos nuestro plan, y juntos lo pondremos en planta: digo que acepto tanto mas gustoso vuestra alianza, cuanto que solo y sin conocer este castillo, mi empresa hubiera sido mas perjudicial á esa dama que provechosa, puesto que tampoco hubiera cedido yo un punto en llevarla adelante por temor del riesgo que podia correr. Hablad, señora, disponed de mí; mi brazo y mi corazon son vuestros, y con todo, antes que dispongais cosa alguna haced de modo que yo hable un momento con ella, solo un instante; es quizá lo mas esencial.

Zoraida quedó un momento pensativa ingeniando cómo Usdrobal pudiese ser

introducido donde habitaba Leonor, movió la cabeza varias veces como aprobando ó desaprobando sus propios pensamientos, y dijo:

— Todos los secretos de este castillo, y particularmente los de la estancia que habita Leonor, me son muy conocidos. Allí he vivido yo en dias mas felices; allí era mi paraiso; allí pasó una parte de mi vida como un sueño venturoso entre delicias y amores, y alhagada de la esperanza mas lisonjera. ¡ Ah! ¿ por qué no fue eterno mi sueño? Sí, yo conozco todo lo que allí hay; pero aunque sería facil llegar hasta allí sin ser visto, para hablarla sería preciso que os vieran, y entonces era tiempo perdido. ¿ Cómo haremos?... Yo habia pensado valerme de vos para que sorprendieseis de noche á los que la guardan, introduciéndoos en la habitacion por una escalera oculta; pero para que la habléis sin que ella esté avisada, y no os vean, no hallo medio. Vos decís que es lo mas esencial; yo creo lo mas esencial que sea pronto. Si

\*

Saldaña, que está ya casi recobrado de sus heridas, llega á ir á verla, y Leonor accede á sus deseos y se entrega á su voluntad, no conteis ya con salvarla, continuó con furor; no, porque entonces yo misma la asesinaré.

-- Es imposible, repuso con calor Usdrobal, que Leonor no aborrezca á un hombre tan endiablado.

— ¡Ojalá! respondió la mora. Teneis razon en lo que decís; y á pesar de todos sus defectos, ¿no le amo yo? ¿por qué otra no podría amarle?

Aqui llegaban de su conversacion, cuando la esclava avisó á su señora que el primoroso Jimeno pedia licencia para entrar á hablarla.

— Amigo, dijo entonces Zoraida, vienen á interrumpirnos; retírate y no te alejes, porque quisiera verte despues.

Usdrobal la saludó con respeto, y salió de la sala atónito de la energía de aquella muger, y muy gozoso de su aventura. Al llegar á la puerta halló á Jimeno que iba á entrar, y que le echó una in-

solente mirada de arriba abajo como extrañado de verle allí, y á que Usdrobal contestó con otra que manifestaba no menos altivez y desprecio.

—; Qué tal? se dijo á sí mismo el page; para el tonto que fie en mugeres. Este será algun capricho de Zoraida; algo grosero es para preferirlo á un hombre como yo; pero ahí está el caso, probar de todo.

Diciendo asi se estiraba la gola, alisaba los pliegues de su justillo, y repasaba minuciosamente su tocador, disponiéndose á presentarse delante de una muger á quien trataba de cautivar con sus gracias el presuntuoso, y como casi seguro de su triunfo entró arreglándose el bigotillo rubio, que empezaba á cubrirle el labio, con pasos muy medidos y elegantes, y fingiendo la tristeza conveniente á la que, segun él, tambien aparentaba la mora. Esta correspondió con una ligera inclinacion de cabeza al gentil saludo de Jimeno, quien despues de las generales de entrada se sentó frente de Zoraida, en

uno de los bordados cojines que rodeaban la sala, con muestras de pesadumbre, ya mirándola dulcemente, y ya bajando los ojos con fingido rubor, como si tuviera algún secreto que le fatigara, y su timidez, cortándole la palabra, le impidiera comunicárselo. El orgulloso continente de Zoraida parecía haber recobrado toda su magestad delante de un hombre á quien ella estaba acostumbrada á mirar como un simple vásallo, y vuelto el rostro á otro lado ni aun se dignaba contestar con una mirada á las ojeadas humildes y amorosas del page, que sentado como estaba parecía al mismo tiempo estudiar las actitudes mas amables y caballerosas para agradarla.

— ¿Qué causa os ha traído á verme? ¿teneis alguna noticia que darme? preguntó la mora sin volver siquiera la cabeza á mirarle, y con el acento mas desdeñoso.

— No sé, respondió el page no sin malicia, aunque con tono sumiso, si he llegado en ocasion y hora en que vos hu-

bierais deseado que nadie os interrumpiese, pero nada os estrañe que yo cumpla con mi primer deber viniendo á presentar á vuestros pies el homenaje debido á la reina de la hermosura.

-- Jimeno, replicó Zoraida, vuestro lenguaje afectado me incomoda; esas intempestivas y miserables galanterías usadas con las mugeres á quien pretendais agradar, y que se paguen mas de palabras que de los verdaderos sentimientos del corazon.

-- Veo, señora, respondió el page, que no quereis perdonarme la interrupcion que he tenido la desgracia de causar, sin querer, con mi venida tan poco á tiempo. Cuando la imaginacion está ocupada de otros objetos, y acaso se acaba de oir el lenguaje del corazon, la vista mas agradable nos fastidia, y las palabras mas dulces y lisonjeras nos parecen frias, insulsas, si las comparamos á las que acaban de alhagar nuestro oido. No me estraña en efecto que llameis intempestiva mi galantería.

-- Vos sois insolente, Jimeno, respondió Zoraida con magestad; esplicaos, aclarad esas suposiciones que vuestra malicia...

-- Respeto mucho, contestó el page sin desconcertarse en el mismo tono, los secretos de las damas, y mucho mas cuando no tengo ningun derecho para saberlos. Vos, supongamos, cualesquiera que sean los vuestros, ¿qué razon ni qué facultades tengo yo para entremeterme en ellos? Conozco el motivo de vuestros pesares, y las injusticias que estais sufriendo. ¿Qué tiene de particular que trateis acaso de consolaros, y de vengaros al mismo tiempo del único modo que una muger se puede vengar? No que yo crea...

— Basta, Jimeno; al momento salid de aqui, repuso Zoraida levantándose con dignidad: aun no me juzgo tan infeliz que esté en el caso de sufrir los insultos de un miserable vasallo del señor de Cuellar.

— Perdonad, señora, respondió el page inclinándose delante de ella con un

movimiento fino, y como arrepentido de su ligereza; no os irriteis con un hombre que no sabe lo que dice, agitado, como está, de mil sentimientos diversos y de la pasión mas loca: no os altereis; permitidme que os haga una sola pregunta, y me retiro.

Conocia muy bien Jimeno la situación de Zoraida, que ya en el castillo conservaba solo el prestigio de lo que fue, y estaba espuesta á la desvergüenza del soldado mas ínfimo, ya sin apoyo ni valimiento alguno, la poca consideracion que le quedaba, consistiendo solo en el dominio que habia ejercido sobre Saldaña, de quien ya sabian todos que era entonces aborrecida. No era el page tampoco tan generoso que respetase la desgracia cuando se trataba de su propio interes, ó de callar un chiste malicioso; pero aunque, como la mayor parte de los hombres viciosos, para él todas las mugeres fuesen iguales, tocaba esto á su virtud, y no al genio de cada una, por lo que conociendo el astuto page demasiado bien el

imperioso carácter de Zoraida, y prometiéndose hacerla su conquista para agradecer su amor propio, y satisfacer asimismo su liviandad, cuando la vió enojada varió al momento de camino, y mostrándose arrepentido de lo que habia dicho, tomó el tono del rendimiento en vez del de la ironía.

— Jimeno, respondió la mora, os conozco acaso demasiado bien; no me puedo quejar de vos, y habeis tenido ó fingido tener lástima de mis desgracias; pero no sé por qué, á pesar mio, no puedo agradeceros el interes que habeis tomado por mí: vuestras palabras hoy han sido tan insufribles y altivas, como en otro tiempo eran adulatoras y bajas. Tal vez vuestra pregunta me descontente; con todo, no importa, hacedla; la sufriré en pago de los servicios que me habeis hecho, y aun puede ser que os responda.

— (Yo te bajaré ese orgullo, pensó el page.) Siempre he sido y seré, continuó en alta voz, vuestro amigo y vuestro defensor; siempre os he defendido, y aun

me he atrevido por vos á contravenir á las órdenes espresas de mi señor; ahora mismo, mas que nunca, estoy dispuesto á todo por agradaros. ¡Cuántas veces he reconvenido á Saldaña de su inconstancia, y le he tachado entre mí mismo de hombre de poco gusto, cuando desdeñaba tanta hermosura y virtudes tan raras en vuestro sexo!

— Haced vuestra pregunta, replicó Zoraida, y no repitais tantas veces que soy desdeñada de nadie. Decid lo que querais sin volver á esa charla insignificante, usada solo en este pais de mentira y de hipocresía.

— Está bien, y puesto que, repuso Jimeno, me lo permitís, perdonad mi impertinente curiosidad, y decidme quién es ese soldado jóven que vuestra esclava hizo salir de este cuarto al momento en que yo iba á entrar. — Zoraida no pudo menos de turbarse al pronto no sabiendo qué responder, mientras el page, con los ojos bajos y al parecer sin mirarla, no dejó escapar la sensacion que su pregunta le

habia causado, y que él atribuyó á motivos muy diferentes de los que realmente eran. Zoraida no obstante se recobró al punto, y repuso con altivez: — Á nadie en el mundo tengo que dar cuenta de mis acciones; el hombre que poseía ese derecho me ha dejado libre y señora de mi voluntad. Y bien, es un soldado que yo he hecho llamar para hablarle de cosas que me interesaban. ¿Estais satisfecho?

— Me basta, replicó el page con su acostumbrada malicia; soy discreto, y habeis hecho bien en hablarme con confianza. He entendido y me voy: podeis hacerle llamar.

Diciendo así hizo muestras de salir de la habitacion. El rostro de Zoraida se encendió de repente, arrebatada de cólera contra el vil que la sospechaba, y aunque se esforzó á contenerse como mejor pudo, parecia como se suele decir que le iba á deshacer con los ojos. Mas el temor de perder quizá el único apoyo que le quedaba, le obligó á sujetar su furia

en su corazón, quedando inmóvil delante de él sin querer dejarle ir, ni acertar á detenerle tampoco. Jimeno conoció la lucha en que se hallaba su alma, y como él se juzgaba muy superior á Usdrobal en todo, no dudó que le sería fácil triunfar, atribuyendo el supuesto capricho de la hermosa mora mas á un movimiento de venganza que á una pasión naciente. Volvióse, pues, á ella, tomó otra vez su apariencia cortés y respetuosa, y dijo: — Siento retirarme dejándoos enojada conmigo. Pero teneis razon, y conozco que me he propasado. Soy franco no obstante, y digo que á la verdad siento que un hombre de nacimiento tan bajo... Perdonad, señora, yo me retiro, y á pesar de todo creed que seguiré siendo como hasta aqui vuestro fiel amigo y vuestro defensor mas acérrimo. Cualquiera favor, cualquier servicio que exijais de mí...

— Jimeno, interrumpió la mora, estais acostumbrado á pensar mal de las mugeres, y asi no es extraño que penseis mal:

de mí. ¡Creeis que ese soldado es mi amante! podeis creer lo que querais, pero al menos, prosiguió reprimiendo sus lágrimas, al menos no me insulteis.

— Sirvan de disculpa mis pocos años á mi indiscrecion, repuso el page fingiéndose enternecido, y perdonad á un hombre que os adora, añadió arrojándose á sus pies, que os mira como su único bien, unos zelos sin duda mal fundados, pero que son señales de la verdad con que os amo.

— Levantad, Jimeno, del suelo, respondió Zoraida con ceño, que perdeis el tiempo en mentir.

Alzóse el page mirándola con asombro, indignado interiormente de sus razones, mientras la hermosa mora, puesto entre sus labios el índice de la mano izquierda y clavados los ojos al suelo, parecia profundamente ocupada de algun proyecto.

— Jimeno, le dijo al cabo de un rato de silencio, si no teneis mala voluntad á una muger que nunca os dió motivo de

enojo, si sois tan noble de corazon como os jactais de serlo por vuestros antepasados, creo que no sereis capaz de faltar á la confianza que de vos se haga.

— Y mucho menos, repuso el page, á la que vos me juzgueis digno de merecer. El fuego inestinguible en que esos hermosos ojos...

— Basta, Jimeno, interrumpió Zoraida; os he dicho que no mintais, y que no me pago de insípidas galanterías.

— ¡Galanterías! ¿Cómo podeis equivocar el lenguaje del amor puro con el de la galantería? Zoraida, disponed de mí, hablad, confiadme vuestros deseos, y yo os probaré que es verdad cuanto he dicho.

— ¿Teneis libre entrada en el cuarto de Leonor de Iscar?

— (Mia eres, Zoraida), pensó el page, y hablando en alta voz prosiguió: El conde me ha enviado varias veces á saber de ella, y á darla amorosos recados de su parte.

— ¿Recados amorosos de parte suya?

esclamó Zoraida con ira : ¿ vos los habeis llevado ? ¿ y qué le decia ? ¿ y ella le respondia con cariño sin duda ?

— Con cariño no, repuso el page malicioso, pero...

— ¿ Qué ? acabad.

— Los oye al menos con gusto, y siempre pregunta con cierto cuidado por su salud. Pero vos sois una rival temible, y ella...

— Por Dios, Jimeno, de una vez, de una vez acabad.

— Ella cree que el conde os ama todavía, á pesar que él jura qué...

— Asi, lentamente, Jimeno, repuso Zoraida con amargura, asi, que cada gota de hiel de tu lengua amargue por sí sola mi corazon.

— ¿ Quereis por último que os lo diga ? replicó el page bajando los ojos y encogiendo los hombros ; pues él jura y protesta que os aborrece.

— Lo sé, lo sé, replicó Zoraida con voz interrumpida por sus sollozos ; sí, Saldaña me aborrece, y yo... yo tambien le odio

con todo mi corazón, prosiguió con ira Zoraida, si me amas de veras, si tan siquiera te parezco bien, ayúdame en mi venganza, satisface mi resentimiento, y toda, toda yo seré tuya.

-- ¡Oh día feliz! ¡día feliz! exclamó Jimeno: habla, dí; mi brazo y mi corazón es tuyo; pronto estoy á vengarte, habla, y este puñal te vengará de Saldaña.

-- Tú, contra tu propio señor...

-- Zoraida, yo te adoro, replicó el page.

-- Júrame, respondió la mora, guardar silencio de lo que voy á confiarte: te creo falso, Jimeno, pero el deseo que tienes de mí, pienso que te hará leal. ¡Sahara! ¡Sahara! prosiguió, llamando á su esclava, que entró al momento en la estancia; dile á ese soldado que entre.

Salió la esclava á llamar á Usdrobal, mientras Jimeno se decia á sí mismo: — Ya cediste, Zoraida: ¡ay de tí si me engañas! Duró algunos minutos el silencio, y la hermosa mora, fijos sus penetrantes

ojos en él, parecía querer leer en su alma. Jimeno no pudo resistir su mirada, y bajó dos veces los ojos, pero animado de su descaro volvió á alzarlos, y alargando su mano derecha hácia ella le dijo:

-- Dame tu mano Zoraida, y recibe la mia en prueba de que despues que te vengue no se han de desasir nunca: dá-mela en prueba de que me amas.

-- ¡Que yo te amo! replicó la mora: ¿y cuándo lo he dicho yo? Cuando tú me vengues seré tuya, sí, pero sin amarte.

-- No importa, repuso el page; estréchete yo solo una vez á mi corazon, palpíte yo de placer en tus brazos, y nada me importa que no me ames.

-- Recibe no obstante mi mano, respondió Zoraida, en fé de nuestra alianza.

Tomó el page la mano trémula de la mora y la apretó entre la suya, pero al ir á estampar en ella sus labios, Zoraida la retiró de pronto como avergonzada de su humillacion. En este momento se abrió la puerta y entró Usdrobal con aquel des-

embarazado continente que le era propio: el page dió á atrás dos ó tres pasos alejándose de Zoraida, y ésta se reclinó sobre los almohadones.

-- Venid, caballero, le dijo; tenemos otro aliado, y vuestra empresa puede decirse segura; ya he hallado medio para que habléis á Leonor.

-- ¡Caballero! dijo á media voz el page mirándole con desprecio; no me parece muy caballero el que vive en compañía de villanos.

-- Sino fuera el respeto que se merece una dama, repuso Usdrobal, que habia entreoido lo que decia el page, ya os hubiera yo dado á conocer que sino soy caballero, valgo tanto como el que mas.

-- Con la lengua ó á traicion, replicó el page, sin duda, como es uso de los de tu ralea.

-- Jimeno, gritó Zoraida, ¿quereis ausiliar mi venganza ó no? ¿qué, venís aqui con miserables rencillas á enemistaros?

Estas palabras templaron el furor que

\*

se habia apoderado de los dos mancebos, é hicieron que el uno retirase la mano que sobre la cruz de la espada tenia, y el otro del puño de la preciosa daga que llevaba al cinto, y Zoraida continuó:

— Si hemos de llevar á cabo esta empresa, unámonos, tengamos paz y solo pensemos en ella. Motivos poderosos de amor quizá os hacen parecer lo que no sois, Usdrobal; pero aunque yo no quiera descubrir quién seais, sé positivamente que vuestra intencion es hablar con Leonor y sacarla de este castillo. Ninguno mejor que vos, Jimeno, puede favorecerle en su intento, y si lo logra, si llega á arrebatársela para siempre á Saldaña, yo me doy por satisfecha de mi venganza.

— ¿Y vos me cumplireis en ese caso lo que me habeis ofrecido?

— Sí, repuso la mora; ó moriré, ó lo cumpliré; yo os lo prometo de nuevo.

— Está bien, replicó el page: soldado, tú la hablarás ahora mismo. Sígueme.

En diciendo así, Usdrobal y Jimenó saludaron á la hermosa mora, que contestó con una inclinacion de cabeza, salieron del cuarto, y se encaminaron por desusados y ocultos pasadizos á la habitacion de la desdichada prisionera de Iscar.



---

**CAPITULO XV.**

---

Padece, llora, experimenta y gusta  
de tu llanto y dolor, muerte y tormento,  
que es justo premio de venganza justa  
un tal castigo para tal intento:  
si hay cuchillo de fuerza mas robusta,  
verdugo sea el amor de tu contento,  
porque entre ese dolor, rabia y discordia,  
aprendas á tener misericordia.

*(Ber. Poema.)*

**A**BIERTAS aun las heridas, pálido, débil y apoyado en el brazo de su favorito page, dejó Saldaña el lecho donde habia pasado diez dias esperando la muerte en la agonía de la desesperacion, y con pasos poco seguros se dirigió á la habitacion de Leonor. Vanamente Jimeno y los cirujanos trataron de disuadirle de dar este paso, manifestándole el flaco estado de su salud, y el peligro que corria á cualquiera acaloramiento ó incomodidad que tomara.

— El mayor mal que me aflige, respondió el herido, no está en vuestra mano curarlo, y ninguna incomodidad puede haber que iguale al tormento de mi imaginacion.

Con esto, y viéndole resuelto á levantarse y á ir á ver á sus prisioneras, nadie osó oponerse á su voluntad, y el tético Saldaña, lleno el corazon de temores y esperanzas, envió recado de su visita.

Entre tanto Leonor, que habia hablado ya con Usdrobal, animada con la esperanza de salir de alli pronto, parecia mas alegre que de costumbre, sabedora que habia un hombre que se interesaba por ella en donde menos podia presumir encontrarlo. Desde que se vió prisionera, rodeada de personas desconocidas, y todas ellas indiferentes á su dolor, no habia tenido otro consuelo que sus lágrimas y las religiosas palabras con que tal vez confortaba su ánimo la generosa Elvira, que por fortuna se encontraba en la misma estancia con ella. Pero es—

ta muger fanática, sin dejar ver su rostro á nadie, persuadida de que Dios permitia todo aquello en castigo de la falta que habia cometido dejándose ver de Leonor, rara vez se acercaba á hablarla, embebecida en sus oraciones, y creida en que cometia un pecado cuando, movido su corazon por un sentimiento dulce, pero mundano, dirigia la palabra á su amiga. No obstante, su natural ternura vencia á veces su fanática obstinacion, y buscando palabras con que aliviarla de sus pesares, proporcionaba á la doncella de Iscar los únicos momentos de dulzura que gozaba en su carcel; carcel decimos, si tal puede llamarse la estancia mas elegante y mejor alhajada que habia en el castillo, puesto que aunque privadas de libertad, todo era abundancia á su alrededor, y varios espaciosos jardines con ricos surtideros de aguas, y poblados de sombríos árboles, á que daban las puertas de aquella estancia, les proporcionaban delicioso paseo, mientras las doncellas que las servian y algunos juglares se esmeraban en

divertirla. ¿Pero qué vale el beber en oro, y verse servido de mil esclavos atentos al menor movimiento del obsequiado cautivo, si al fin no puede pasar de un término prefijado, sino respira el aire puro de la libertad?

La mayor pena que abrumaba el corazón de Leonor, era entonces verse imposibilitada de asistir á su hermano, que tal vez necesitaba de su cariño y la nombraba á cada momento. Esta idea no se apartaba un punto de su imaginacion, y el llanto, que humedecía sus ojos con frecuencia, era mas bien un tributo al amor fraternal, que una prueba de la debilidad de su sexo. Olvidada de sí misma, habia tenido mas alegría al hallar allí un protector, por la esperanza de llegar á tiempo para cuidar de su hermano viéndose libre, que por su propio interes, solo el temor de algun infame atropello haciéndole sentir por sí su cautividad. En vano trataba de distraerla el juglar con sus cantos, y sus historias, y la demas turba de histriones que cor-

rian en aquella época los castillos con sus músicas y bailes á la morisca. La herida de su hermano no se apartaba de su memoria, y su situacion y el atropellado amor de Saldaña no dejaban descansar un instante su corazon. Elvira, encerrada á todas horas en un oratorio que alli habia, rara vez como hemos dicho humillaba hasta nuestro suelo sus pensamientos, todos ellos empleados en la contemplacion de las cosas celestes. Tal era, por último, el estado del ánimo de las dos amigas, cuando una de las mugeres de la servidumbre entró y anunció la visita del señor de Cuellar. Turbóse Leonor al oir su nombre, no hallando palabras con que dar el permiso que la pedian de parte del que podia visitarla sin él, y volvió el rostro á Elvira, que en aquella sazón entraba, habiendo oido las últimas palabras de la camarera.

— Decid, respondió ésta, al señor de Cuellar, que hace mal en pedir permiso para visitarnos, cuando tiene el suyo y

el del demonio para cometer todo género de crímenes y de villanías.

— Señora, respondió la doncella, si yo doy ese recado, es bien seguro que el conde me hará castigar...

— ¡Pero ojalá Dios se complazca en perdonarte, oh Saldaña! prosiguió Elvira en uno de sus arrebatos de entusiasmo, sin atender á la respuesta de la camarera. ¡Ojalá, y que descargue sobre mí el peso de su ira, y cumpla yo de esa manera mis votos.

Diciendo así bajó la cabeza, cruzó ambas manos sobre el pecho, y pareció que elevaba al cielo alguna súplica por el pecador. La doncella permaneció un momento delante de ella sin atreverse á interrumpirla; pero viendo que no debía esperar mas respuesta, volvió á preguntar á Leonor, la que, vuelta ya de su turbacion, dijo:

— Id y decidle que el cautivo está á merced del que le cautivó, y no es á él á quien toca conceder permiso cuando éste solo lo pide por cumplimiento, sa-

biendo que nunca es agradable la presencia del amo para el esclavo.

Esta respuesta tuvo al fin que contentar á la camarera, la cual, muy de mala gana y temerosa, salió á llevársela á su señor. Pero antes de que ella llegara, el lindo page, que irritado de su tardanza habia ido con licencia de Saldaña á saber qué habia, se atravesó en el camino, y la camarera con muy buen cuidado en cuanto le vió descargó en él el peso de su comision, contándole lo que habia pasado, y encargándole que fuese á referirlo á Saldaña.

— Reina mia, la dijo el page con una cortesía burlesca, paréceme que vos quereis que meta yo el dedo en la lumbré y comeros vos las castañas... pero no... no os pongais colorada por eso: ¿qué no haria yo por una hermosa jóven á quien solo la falta de una media docena de muelas y la sobra de algunos años puede hacer parecer un tanto desagradable?

— Insolente, deslenguado, gritó la camarera indignada de la verdad con que

el page la habia hablado, y murmurando un millon de maldiciones se retiró, dejando al desvergonzado Jimeno riéndose de su furia.

Quedó un momento en seguida algo pensativo el buen page, y torciendo el camino en vez de volver adonde estaba su amo, de una carrera atravesó algunos corredores y desapareció.

De alli á poco se oyó su voz cerca de las habitaciones al oriente de la fortaleza, como si hablara con alguien á quien tratara de consolar, mientras que otras voces respondian y seguian la cuestion, al parecer con calor, segun se podia conjeturar por el tono vehemente y la precipitacion con que á veces resonaban en alto, y á veces se percibia apenas el murmullo de las atropelladas palabras. Duró este diálogo solo un instante, se oyó cerrar una puerta con ímpetu, se sintieron los pasos de un hombre que corria por aquellos tránsitos, y poco despues se vió al page que volvia con la misma prisa que habia desaparecido. Llegó en segui-

da adonde estaba Saldaña, y cambiando las palabras de la camarera, le dijo que Leonor no tenia dificultad en recibirle, siempre que como caballero ofreciese no abusar de su posicion.

— ¡Consiente al fin en verme! exclamó Saldaña: ¡pero tiene desconfianza de mí! ¡Cómo ha de ser! ¡harta razon tiene para desconfiar!

— Eso prueba que está ya medio rendida, replicó Jimeno; animaos, señor, que á buen seguro que no se os escapa esta vez.

— Si vuelvo á oirte hablar con esa irreverencia de la que no eres tú digno de besar el polvo que pisa, juro que te he de hacer arrepentir para siempre de tu indiscreccion.

— Perdonad, señor; yo no he querido ofenderla, contestó el page; y bajó la cabeza en señal de sumision; pero una maliciosa sonrisa que pasó por sus labios daba al mismo tiempo á conocer el placer que sentia en incomodarle. Con esto se asió de su brazo el herido para soste-

nerse, y meditando lo que habia de decir, llegó á la habitacion de las prisioneras. Levantóse Leonor de su asiento, saludándole con dignidad: entróse en el oratorio Elvira sin descubrirse, y el page acercó uno de los sillones detras del herido caballero para que se sentase, hecho lo cual salió de la habitacion mientras éste apenas osaba alzar los ojos, y parecia luchar dentro de sí con sus remordimientos, y sin hallar palabras con que empezar. Sentáronse todos por último: hubo aun una pausa, hasta que el caballero alzó los ojos, y fijándolos en Leonor con cierta timidez, rompió por fin el silencio pronunciando con débil voz esta frase, que apenas fue inteligible.

— Yo os he agraviado, Leonor, y vos sin duda me aborreccis.

— Mentiria, repuso Leonor con firmeza, sino os dijera que vuestra conducta para conmigo es muy agena de un hombre que profesa la orden de la caballería. Vos habeis puesto en peligro mi honra, me habeis entregado á una horda de

vandidos, y por último, me teneis ahora mismo prisionera en vuestro castillo contra toda razon y justicia.

— Verdad es, Leonor; y asi no podré nunca aspirar siquiera á merecer vuestra estimacion, replicó Saldaña algo mas animado; pero si el amor puede disculpar mis errores; si los tormentos que padezco, y que vos sola podeis calmar; si el hastío con que vivo, la angustia que me acongoja y la desesperacion que me ahoga alcanzan una mirada de lástima de vuestros ojos; si, en fin, basta ademas mi arrepentimiento de lo que os he hecho sufrir, creo que lejos de merecer vuestro odio, merezco siquiera vuestra compasion.

— Mi compasion: la teneis, Saldaña, replicó Leonor conmovida. ¿Quién habrá, que como yo os conozca, que no os compadezca? Vos libre y poderoso, y yo cautiva, huérfana y ultrajada en este momento, me tengo mil veces por mas dichosa que á vos; mi alma es inocente y mi corazon es puro; pero si estais de ve-

ras arrepentido, ponednos en libertad á mi amiga y á mí, y tal vez, sino está corrompido vuestro corazon, os cause un nuevo gozo hacer esta buena obra.

-- Eso no ; ¡ nunca ! respondió Saldaña muy agitado ; cien muertes antes, cien infiernos padezca yo antes que te separes de mí, Leonor. ¡ Nunca ! Yo besaré el polvo que pises, te serviré de rodillas, te adoraré como se adora á la Vírgen que está en el altar...

-- ¡ Silencio, impio ! interrumpió una voz suave, pero en acento terrible, detras de Saldaña. ¡ Silencio, y no profanes con tu boca de podredumbre el puro nombre de la Santa Madre de Dios !

Volvió Saldaña los ojos airados á ver quién era quien con tanto atrevimiento le interrumpía, y halló en pie á su espalda á Elvira envuelta en su almalafa como hemos dicho, que salia entonces del oratorio.

— ¿ Quién eres tú, le preguntó Saldaña con enfado, que te atreves así á insultarme ? Mal haces si crees que ese dis-

fraz que llevas te da permiso para abusar de esa manera de mi paciencia.

— Las amenazas, los tormentos, los mas crueles martirios, repuso Elvira, que puedas imaginarte, son para el penitente aureolas de gloria y nuevos soles que le guian en el camino escabroso de la virtud. Nada temo de tí, Saldaña, y todo lo temo por tí: mira un momento dentro de tí, y te horrorizarás de tí mismo. Tu conciencia te remuerde: continúa guerra se hace en tu corazón; en él habita tu desdicha; en él se albergan el odio, la envidia, el temor, la rabia y la desesperacion; sobre tu frente está grabada la marca del réprobo: mil maldiciones te abrumen, mil funestos recuerdos te acongojan, oro que toques te se volverá ceniza, y la flor mas pura perderá su aroma y se marchitará tan solo con que tú llegues á olerla. Saldaña, el lobo hambriento que se espone á la furia de los pastores y los mastines, que en tiempo de nieves busca trabajosamente alimento para él y para sus hijos que le esperan con

ansia en la camada, y que vuelve sin él mordido y fatigado y ahullando, es mil veces mas venturoso, es mil veces mas dichoso que tú. ¡ Ah, Saldaña! recuerda los primeros años de tu juventud cuando era aun inocente tu corazon, recuérdalos, y llora, llora lágrimas eternas de arrepentimiento.

—Muger fantástica, replicó Saldaña, cuando yo me presente á dar cuenta á Dios de mi vida, sé muy bien el modo de disculparme; y aqui en la tierra el amor es harta buena defensa de mis mayores delitos. Sí, Leonor, prosiguió volviendo la espalda á Elvira; pero esta muger tiene razon; nadie es mas desdichado que yo: todos los hombres en medio de su desgracia tienen algun dulce recuerdo que los alhague, algun sueño de oro para el porvenir, alguna persona, en fin, que los ame, y que llore con ellos su desventura. Pero yo, Leonor, oidme, continuó con pesadumbre, yo no tengo nada, nada que me consuele; mis recuerdos eran penosos, negro y tormentoso contemplaba mi porve-

\*

nir : ni una estrella, ni una luz, por débil y amortiguada que fuera, alumbraba mi peregrinacion ; todo era noche, todo era un abismo, un caos inmenso donde á cualquier parte que volvía la vista me hallaba siempre conmigo solo, solo y sepultado en la oscuridad. Un recuerdo dulce como el aroma de las flores me quedaba aun, un recuerdo que podía traer á mi memoria sin horrorizarme ni estremecerme. Tú, jóven hermosa, vírgen pura ; tú, á quien yo habia amado ya cuando mi corazon era bueno ; tú sola podias hacer mi felicidad ; tú eras la llama de mi existencia ; yo te veía en todas partes, para mí no habia ya soledad, porque tú siempre me acompañabas. ¡ Ah ! yo necesitaba de tí, de tí para que fueses el rocío de mi alma ; pero tú me desdeñabas. ¿ Qué me quedaba que hacer ? Robarte para poseerte ; ahora yo soy tu esclavo : ¿ qué quieres de mí, dí, mi sangre ? estoy pronto á derramarla toda por tí, añadió arrojándose á sus pies. ¡ Oh ! dí que me amarás, dilo siquiera por lástima. El

hombre que fuese al patíbulo cargado de crímenes, y que mas te hubiese injuriado, ¿no mereceria de tí, si en eso le iba la vida, que le dijeras yo te perdono? ¿y para salvar mi alma de la eterna condenacion, no me dirás yo te amo?

— ¡Hermano mio! exclamó Elvira con entusiasmo, echando atras su capucha, y descubriendo el rostro: ¡yo te amo! ¡yo soy tu hermana, que te ama con todo su corazon! ¡Ah! sí, tú tienes necesidad de amor, y yo te ofrezco el mio, puro, amor de hermanos, lleno de ternura, de ilusiones y de verdad.

— ¡Elvira! gritó Saldaña espantado y retrocediendo algunos pasos con susto. ¡Por Santiago! ¿eres tú Elvira? ¡Qué horror! ¡qué horror! ¡Eres tú, que has dejado la tumba para venirme á ofrecer el amor de hermana! ¡Elvira!...

— No, exclamó Leonor, no es una aparicion; recobraos, Saldaña; es vuestra hermana, que se ha sacrificado generosamente por vos, que os ama, que ha llorado dia y noche por vos durante

tres años en un desierto : ella os hará feliz ; vedla , abrazadla , aconsejaos con ella ; podeis todavía ser feliz : no lo dudeis. Yo no os aborrezco , y os perdono todo. Dejadme ir de aqui : mi hermano está herido. El cariño de vuestra hermana os hará completamente feliz.

-- Elvira , exclamó con humildad Saldaña , perdóname.

-- Pide á Dios tú perdon , no á mí , repuso Elvira con magestad : arrepíente-te de tus crímenes , deja libre á esa muger , y no vuelvas á pensar en ella , puesto que no es para tí.

-- ¡ Oh ! eso no , replicó Saldaña : ya es tarde para que yo me arrepienta ; mis súplicas han sido otras veces desoidas , y yo ya estoy condenado ; ya es tarde , continuó con horrible desesperacion : no , yo no volveré á humillarme , yo no dejaré la prenda mas segura de mi felicidad , la gloria de mi vida , la muger que tanta pena me ha costado tener conmigo , por un arrepentimiento sin fruto , que lejos de aliviar mis penas , hará que se red-

blen, prolongando con ellas mi desesperación: Leonor ya es mía, será mía, y ya es tarde para arrepentirme.

— ¡Profanación! ¡Blasfemia! exclamó Elvira alzando ambas manos al cielo.

Pero otra voz resonó de pronto en la estancia, y todos se estremecieron.

— Ya es tarde, sí, repitió Zoraida entrando á deshora, desencajados los ojos, y trémula de furor. Traía el cabello desgredado y suelto, el rostro pálido de color de cera, y en su agitación incesante y sus movimientos convulsivos parecía latir toda de cólera; sus miradas eran de fuego, y su estatura, que parecía realzada con la ira, le daban un aspecto hermoso, sí, pero imponente y terrible. Quedaron todos suspensos: Leonor se apartó amedrentada, Elvira se persignó, y Saldaña se puso encendido de rabia, lanzando sobre ella miradas capaces de infundir terror á otra muger de menos ánimo que Zoraida. Pero ésta, sin titubear por eso, prosiguió:— Sí, la maldición de tu Dios y del mio ha caído ya sobre nosotros dos.

Mírame, Saldaña, y estremécete. Tú eres el alma condenada, y yo soy el demonio, que te atormento y te persigo; el demonio, que cuenta tus horas, que sigue tus pasos, que convierte en hiel el manjar mas dulce en tu boca, que te ha guiado en el crimen, que turbará tus placeres, que reirá junto á tí cuando sufras: mírame, tú me has abandonado, tú has querido alejarte de mí; pero en vano, porque yo estoy condenada á velar sobre tí para afligirte, ahora en la vida, y luego en la eternidad. No le ames, muger, prosiguió dirigiéndose á Leonor, no le ames; su lengua es engañosa, su corazon es malvado, y él te engañará y hará del tuyo un infierno, como ha hecho del mio, y como hace que sea cuanto está junto á él; no le ames, sino quieres como yo hundirte con él en el abismo de su perdicion. Mira, yo era feliz, continuó con acento melancólico; yo era inocente como tú; como tú he sido robada; me amó, le amé, y ya fui viciosa, criminal y despreciable para todo el mundo. ¡ Ah! y yo le ama-

ba con mas ternura que tú; yo le amaba como una madre al hijo que tiene al pecho, como la huérfana al hombre que le sirve de segundo padre, como una hermana á un hermano, como una muger adora al ídolo, al Dios de su corazón. ¡Él me ha despreciado, él me ha visto derramar lágrimas, y se ha mofado de mi dolor, y yo le amaba todavía, y yo le amo!!

— ¡Bruja de maldicion, calla! replicó Saldaña rechinando los dientes. Verdaderamente que tú eres el demonio que me persigue, pero yo te enviaré á los infiernos para que allá me aguardes, y me dejes al menos de atormentar en vida. ¡Mi daga! Por Dios que me he olvidado de traerla, continuó echando mano á su cintura, donde la llevaba ordinariamente. ¡Mi daga! ¿Y qué importa? ¡Muger infame! entre mis manos te ahogaré.

— Teneos, Saldaña, gritó Leonor poniéndose entre él y la mora. ¿Qué vais á hacer? ¡Siquiera por mí, por vuestra hermana! ¿Vais á cometer otro asesinato?

¿Es acción digna de un caballero poner la mano en una mujer?

— Si tienes algún temor de Dios, detente, gritó Elvira, y acuérdate que con esas mismas manos que quieres ahogarla la has colmado de caricias impuras en otro tiempo.

— Ven, ven y despedázame, exclamó Zoraida, que no habia retrocedido un paso al verle venir hácia ella. Te engañas si piensas por eso libertarte de mí. Hiéreme, y abre tú mismo mi sepultura; hazla bien honda, bien profunda, sepúltame tú mismo, y arroja sobre mí un monte; mi espectro ensangrentado saldrá de allí; de día me verás en los rayos del sol, en la sombra de cada árbol; oirás mi voz en el crujido de cualquier puerta, sentirás mis pasos detras de tí; de noche en la luz sangrienta de la luna, delante de tí; yo vendré á tu cama, y perturbaré tus sueños; te despertaré, y me verás, y mi mano fria con la muerte sentirás que te hiela tu corazón. Aun mas: yo evocaré las sombras de los que mu-

rieron por tu injusticia, la de tu padre. ¿Qué, te amedrentas? ¿Con qué placer te veremos en la agonía cuando juntos tantos espectros oigas el rechinamiento de dientes, y el crujido de huesos, y sus ahullidos, y los veas saltar en derredor de tu cama, en tí fijos sus ojos brillantes como ascuas, y sientas frío y temblor hasta en el tuétano de tus huesos!

— ¡Oh! ¡basta! ¡basta! gritó Saldaña aterrizado, dejándose caer sobre una silla medio exánime y sin aliento. ¡Jimeño, exclamó, sácame de aquí! yo muero... Y dejando caer la cabeza, la debilidad en que estaba, y la agitación que había tomado, le causaron un parasismo, y quedó como muerto.

— ¡Oh Dios! yo he causado su muerte, gritó la mora con el acento de la desesperación, y salió precipitadamente del cuarto.

Leonor y Elvira acudieron á socorrerle, y tomándole ésta una mano sintió el hielo de la muerte en la paralización de su pulso.

— ¡Oh hermano mio! exclamó: ¡ojalá Dios te vuelva á la vida, y te dé tiempo de arrepentirte! Caiga su maldicion sobre mí; yo te amo, hermano mio, vive tú, y muera yo por tí. ¡Oh! Sí, es un desmayo, él volverá en sí. Tú volverás á ser virtuoso; tú tenias en tu infancia todos los gérmenes de la virtud en tu alma. El vicio la ha cubierto de sombras y de nieblas perpetuas. Pero escrito está que Dios no quiere la muerte del pecador.

Entró Jimeno al momento, acompañado de otros dos escuderos, y tomando el sillón en brazos le llevaron á su estancia, acostáronle en su cama, y habiéndole los cirujanos hecho volver en sí con algunos espíritus que le aplicaron á la nariz, encargaron el silencio y se retiraron.



---

---

**CAPITULO XVI.**

---

*Mendo.*

¿Cómo te has de resistir?

*Blanca.*

Con firme valor.

*Mendo.*

¿Quién vió  
tanta dureza?

.....

*Mendo.*

¡Ó qué villanas crueldades!  
¿Quién puede impedirme? ...

*García.*

Yo.

*(García del Castañar: de Rojas.)*

**A**PENAS habian retirado á Saldaña, cuando la zelosa mora, pesarosa ya de lo que habia hecho, lloraba y lamentaba por él con la misma ternura que si hubiese perdido el único bien de su corazon. Entró, pues, en su cuarto acongojada sobre manera y arrepentida, y sin poder sujetar sus lágrimas, llamó á su esclava, que en-

tró al momento á saber lo que tenia que mandarle.

-- Corre, le dijo, pregunta si ha vuelto en sí el señor de Cuellar; vuela, y vuelve al momento.

Partió la esclava al punto: Zoraida se sentó pensativa, clavó en el suelo sus hermosos ojos, derramó algunas lágrimas, y prorumpió por último hablando consigo misma: — ¿Y qué extraño es que me aborrezca? Si yo fuera mas dulce, mas humilde con él, acaso me amaria... Si yo le amara de veras, ¿no desearia yo su felicidad antes que la de ningun otro, primero que la mia? ¿Y por qué le he de martirizar? No, yo no le amo, ó el amor es solo nuestro interes. Sí, en vez de decir yo te amo, deberíamos decir yo me amo á mí misma tanto que te quiero esclavizar para mí. Saldaña, perdóname; he hecho mal en atormentarte, pero no me aborrezcas, ¿qué oiga yo en tus últimas palabras que me perdonas!...

Diciendo así, su corazon generoso ha-

bia olvidado ya los desdenes del caballero, y hasta se habian borrado completamente de él los zelos que poco antes le atormentaban. Lloraba Zoraida, y lloraba lágrimas de compasion, sin ver en él otro hombre que su amante espirando por culpa suya en aquel momento. Ella misma maldecia su furor, se tachaba de injusta, y solo deseaba que viviera, que viviera, y no mas, aunque no la amara, aunque se viera siempre despreciada por él, para no tener nunca que hecharse en cara á sí misma la muerte del hombre á quien, á pesar de todo, amaba con toda su alma. La esperanza de lograr el amor de la persona amada es la última que abandona un corazon enamorado de veras, y á veces es tal la ilusion que se forma el amante, que halla en la mas insignificante mirada representado un sentimiento que está solo en su corazon. Zoraida, pues, encontraba medios de interpretar en favor suyo la misma conmocion que experimentaba Saldaña cuando la veía, y la indigna-

ción y la rabia que su presencia le causaba eran, á su entender, obra de los remordimientos que le traían los recuerdos de lo pasado, mas bien que fruto de su impaciencia y su odio, mas temerosa siempre de hallar indiferencia en él que de granjearse su aborrecimiento. Todas estas razones, si tal pueden llamarse los delirios de una pasión, hacían que ahora llorase de veras por el mismo á quien antes habia sofocado con sus maldiciones; pero esta dulzura, esta generosidad no debían ser de larga duración en su carácter, y mucho menos si algun mal intencionado atizaba con astucia la hoguera de sus zelos. Su corazón en este momento podia compararse á una nube de tormenta preñada de rayos, pero que herida del sol parece bordada de suaves colores, hasta que impelida del viento arroja al choque el incendio que ardía en su seno.

No tardó mucho tiempo Jimeno en venir á verla, disfrazando su dañada intención con el cuidado de saber de ella,

se habia visto. Entró en su cuarto poco despues de la esclava que trajo la noticia de la salud del señor de Cuellar, caido y triste el semblante, los ojos algo llorosos, y adornado con poco esmero, como si las penas que traía en su alma le quitasen el gusto hasta para vestirse. No obstante, aunque la capilla corta que llevaba al hombro y lo restante del traje parecia puesto con desaliño, se notaba que habia mas arte en aquel aparente descuido cuando no tanto como pudiera haber empleado en acicalarse y pulirse.

— ¡Qué desgraciada eres, Zoraida! ¡Y qué desdichado soy yo viendo lo que padeces!

Zoraida no respondió nada á ninguna de estas exclamaciones que el page pronunció con aire teatral, y arrojando al mismo tiempo un suspiro que parecia que se le arrancaba el pecho. Sentóse en seguida como abrumado de su dolor, y apoyando su frente en una mano, ya bajaba los ojos, ya los alzaba con dolorosa espresion al cielo, ya echaba, volvién-

dolos á Zoraida, lánguidas y amorosas miradas.

— ¿Está mejor? ¿Cómo le habeis dejado? preguntó Zoraida con voz apagada. En su situacion os necesita á su lado mas que yo al mio.

— Ciertamente, repuso Jimeno moviendo la cabeza con ironía, era eso lo que debia yo aguardar de tí, que me echases atentamente de tu habitacion cuando precisamente vengo á libertarte la vida, y á sacrificarme por tí. Pero, sí, tienes razon, añadió levantándose, no soy aqui necesario, soy mas útil al lado del señor de Cuellar; de alli por lo menos no me echan; puedo oir planes terribles que me horrorizan; pero eso, ¿qué te importa á tí? Tenia algunas cosas que decirte, y que creí que desearias saber; pero ya veo que no, ¿cómo ha de ser! yo lo siento por tí... pero... me iré...

— ¡Jimeno! gritó Zoraida con impetuosidad, tú tienes una alma de hierro, y parece que te han elegido para darme tormento y añadir á cada ins-

tante nuevas inquietudes á las que sufro. Si te interesas verdaderamente por mí, ¿por qué me haces así morir de ansia y de impaciencia, sin hablar de una vez? ¿y si me odias y eres el instrumento de que mis tiranos se sirven, hiéreme, y no temas que me queje, que ni un ¡ay! saldrá de mi boca cuando entre tu puñal en mi corazón.

— ¡Zoraida! tú me injurias cada vez que me hablas, respondió Jimeno, y á cada insulto tuyo devuelvo yo un beneficio; pero no gastemos el tiempo en conversaciones frívolas; sabe que Saldaña ha dado orden para que te se encierre esta noche, y allá donde nadie pueda oír tus gritos... tal vez para que no se asuste con ellos su Leonor... desempeñe su oficio nuestro preoste.

— ¡Y qué es la muerte para quien no tiene nada en el mundo! exclamó Zoraida con sentimiento. Yo la deseo, yo la deseaba, como desea el aire el viajero de los desiertos. Yo nada tengo en el mundo, nada pierdo, ni una lágrima caerá

\*

sobre mi sepulcro ; mi madre... ya no me llorará , ni yo tampoco tengo por quien llorar. Aguardo , pues , la muerte con resignacion.

-- ¡ Sí , cierto , la muerte á veces es un bien ; pero tú tan jóven aun , tan hermosa ! ¡ Es , triste , Zoraida , es triste á la verdad morir tan jóven ! repuso el page en tono muy afligido.

-- No sé , replicó la mora con pena , pero con serenidad , si es triste ó no morir jóven ; para mí la vida acabó ya hace mucho tiempo , y estar encerrada aqui ó en la tumba , es para mí indiferente.

-- ¿ Y olvidas de esa manera tus sufrimientos , tus venganzas , tu amor y la rival que te ofende ? insistió el page desesperado de ver su conformidad.

-- ¿ Para qué decís eso ? preguntó la mora. ¿ Quereis , cuando voy á morir sin remedio , hacer que sienta la muerte y disipar el tédio que tengo á la vida , y que es lo que presta resignacion á mi alma ?

-- No , repuso Jimeno. Quiero ins-

pirarte un deseo tal de vivir, que busques los medios de escapar á tus verdugos. Mi espada está pronta á defenderte de todos, pero no basta. Piensa, Zoraida, que Saldaña te sacrifica á tu rival mas que á su odio: que solo para complacer á Leonor...

— ¡ Jimeno! interrumpió Zoraida encendida en cólera de repente, ¡ calla, y no vuelvas á entrar en mi alma la desesperacion!

-- Para complacer á Leonor, continuó Jimeno sin interrumpirse, y hacerla ver que todo, hasta la muger que mas ha amado hasta ahora, todo lo abandona por ella. La dirá que te ha arrojado de su castillo, que en vano le pediste de rodillas que te dejara un rincon, un calabozo para vivir á su lado, bajo un mismo techo, y dirá ademas que se enterneció, pero que solo por ella, solo por su Leonor, por su esposa, lo hubiera podido hacer.

-- ¡ Maldición! exclamó Zoraida: ¡ y ella!...

-- Ella entonces, prosiguió el page sin titubear, le agradecerá una prueba tan ponderada de su cariño, le mirará en un principio con lástima, se acostumbrará por último á su lenguaje, se envanece-  
rá con su triunfo sobre una muger á quien yo sé positivamente que teme, y un enlace pacífico terminará las desavenen-  
cias de las dos familias, y trocará en a-  
mistad el odio del caballero de Iscar. Zo-  
raida, tal es el fin que tendrán los amo-  
res de Saldaña, y que tú, muerta ó viva,  
has de saber en donde quiera que estés,  
ora en la tierra, en el paraiso ó en el  
infierno, porque hasta alli resonarán las  
canciones del dia de la boda, y los besos  
que le dé Leonor.

-- El mismo angel de las tinieblas,  
respondió la mora, no es capaz de afligir  
y de atormentar como tú. Pero yo no seré  
ludribrio de esa muger, no: yo moriré,  
pero vengada. Antes que el puñal de los  
asesinos me arranque la vida que abor-  
rezco, ella perecerá. Dame un medio, Ji-  
meno, de martirizarla, dame un medio;

piensa, inventa el mas terrible, el mas bárbaro, para que yo me regocije en mi triunfo. Que yo la vea espirar á los ojos de su amante, y que él trate de salvarla y no pueda, y llore y se desespere. Tienes razon, es cruel, muy cruel, morir sin venganza. ¿Qué mas quisieran ellos? ¿Con qué tranquilidad gozarian sin que yo nunca les estorbara! ¡y ella habia de besar los mismos labios que fueron míos! Veneno encontré solo en ellos, veneno que ha llenado mi corazon de amargura; podria quizá vengarme con dejarla que lo provase; pero no, yo lo he agotado ya todo, y allí no quedan mas que dulzuras. ¡Muerte ¡ ¡ muerte! Jimeno, toda yo soy tuya, toda soy tuya si la asesinas.

— (Asi te quiero yo, pensó Jimeno: irritarte es el único modo de vencer tu tenacidad.) Cuando he venido aqui, no he venido, continuó en alta voz, solo á traerte malas noticias ni á gozarme en tu afliccion como me has dicho. Te amo de veras, y una pasion tan vehemente como

la que te domina por ese ingrato ha echado ya hondas raíces en mi corazón. Yo te idolatro, yo he buscado la felicidad y la he hallado en esta agitación incesante, en los zelos, en la misma desesperación del amor. Sabe que he aguzado el puñal antes de venir aquí para clavarlo, si preciso fuera, hasta en el mismo Saldaña. Pero es preciso no perder tiempo; de aquí á algunas horas habrás bajado á tu sepultura. Ese soldado aventurero que tú crees amante de Leonor, debe esta noche sacarla de aquí, si ella consiente...

— ¿No consintió cuando se hablaron? preguntó la mora con inquietud.

— No, repuso el page, no; á lo menos se mostró indecisa, y parecia que le costaba trabajo salir de aquí. En fin, Zoraida, tú te libertarás de la cólera de Saldaña, quedarás vengada ó libre de tu rival, y triunfarás por último de tus enemigos. ¡Oh! ¡sí! has de ser mia, y has de serlo ahora mismo.

Diciendo así se arrojó á ella con tal impetuosidad, que sin que pudiese impe-

dirlo la cubrió de besos, teniéndola estrechada en sus brazos.

--Déjame que en esa boca de delicias estampe yo mil besos... en esa cara de angel... Yo te adoro. ¡Zoraida! ¡Zoraida! ¡Por qué te resistes?

--¡Infame! gritó la mora retorciendo los brazos y defendiéndose con toda la furia de su carácter. En todo mientes... Yo tuya... te aborrezco. Eres mil veces mas odioso para mí y mas falso que todos. Huye de mí... Sé generoso...

No, Zoraida; te tengo bien asida para que te escapes: grita, que nadie te responderá; llama á quien quieras, solos estamos aqui; cede. Eres mia, eres mia...

La infame victoria del page parecia estar decidida: nadie respondia á los gritos de su víctima; en vano habia luchado con él con toda su fuerza, en vano trataba aun de defenderse; su pecho latía alborotado de cólera y de fatiga, y la falta de aliento y de vigor para resistir no hacian dudoso su vencimiento: un esfuerzo mas, y el triunfo era de Jimeno. Pero éste, fatigado

tambien, trémulo y sudoroso, quedó en el instante de su caída suspenso un punto para tomar aliento, y dió tiempo á la mora de recobrar su serenidad. Levantóse, pues, de pronto, y antes que él tuviera lugar para sujetarla, echó mano al puñal del page arrancandóselo del cinto, y retirándose algunos pasos avanzó en seguida determinada á clavarlo en su corazon. Sucedió esto en menos tiempo que el que hemos tardado en contarlo, y solo lo tuvo el page para parar el golpe, asiéndola fuertemente del brazo. Entonces empezó una nueva lucha, mas terrible si cabe que la primera. Cambió Zoraida con la presteza del rayo el puñal á su mano izquierda con intencion de herirle, viéndose asiada de la derecha, y sin duda hubiera logrado su intento si el page, en tan inminente peligro, no hubiera hecho uso de toda su fuerza, empujándola de sí con tanto ímpetu, que haciéndola vacilar dos ó tres pasos andando de espaldas, logró derribarla segunda vez.

Arrojarse entonces sobre ella, ar-

rancarla el puñal y sujetarla completamente, fue obra de un solo punto.

— Vencí, Zoraida, gritó el perverso Jimeno: lucha, defiéndete, haz lo que puedas para estorbarme mi triunfo, desdénname cuanto quieras, ya eres mía. ¿Quién habrá que te arranque de entre mis brazos?

— Yo, gritó Usdrobal, que abrió en este momento la puerta y quedó horrorizado de la terrible escena que se presentaba á sus ojos. Zoraida casi sin conocimiento, desgredado el cabello, el semblante lívido, y desencajados los ojos, parecia ahogada de furia; el page de rodillas sujetándola, y con el puñal en la mano, descompuesto el vestido y pálido de voluptuosidad: los almohadones, las sillas derribadas por todas partes, y todo en desorden.

— ¡Favor, favor! gritó Zoraida.

— El demonio, dijo Usdrobal, no hace cosa igual. Par diez, el caballero, que no es accion muy noble la que acometeis.

— Maldita sea el alma del que me interrumpes, gritó el page levantándose muy colérico, y encaminándose á Usdrobal con el puñal en la mano.

— Sosegaos, el caballero, repitió Usdrobal con ironía y desenvainando al mismo tiempo su espada; reportaos, y sino juro por el sol que nos alumbra que os arranque el alma de una estocada: mirad que estoy bien armado.

-- ¡Villano! repuso el page, que á pesar de su ira conoció la ventaja de su enemigo y contuvo el paso, si fueras caballero...

-- Mil veces mas que tú, replicó la mora: ¡infame! ¡vil! ¡valiente con las mugeres! Acércate, acércate á mí ahora, ¡cobarde!

-- Ya veo, repuso Jimeno con su acostumbrada ironía, que te defiende tu amante. ¡Tu amante! ¡Un soldado! ¿Y qué podia esperarse de una muger como tú, sino que te entregaras á un aventurero.

-- Reportaos, Jimeno, y no insulteis á una muger desvalida delante de mí,

replicó Usdrobal: soy solo un aventurero, soy lo que represento y no mas; pero preferiria mil veces ser un vil verdugo á ser un noble de tu ralea.

-- ¿Qué he hecho yo, Dios poderoso? ¿qué he hecho yo, exclamó la mora, para que me castigues con tanta crueldad?

Usdrobal, continuó poniéndose delante de él de rodillas, no me abandoneis, defendedme; todo el mundo me ultraja y todos me desamparan. ¡Tened compasion de mí! ¡Yo soy sola, y hasta el vasallo mas ínfimo se me atreve!

-- Levantaos, Zoraida, levantaos de ahí, replicó Usdrobal: soy de nacimiento villano, pero yo os defenderé del caballero que os atropelle. Y vos, señor almirante page, si teneis algo de hombre en vuestro corazon, si no sois tan bajamente cobarde como pareceis, venid, yo os desafio y os reto de forzador, y os tacho de infame si no sois capaz de seguirme.

-- Si tú mismo confieras, repuso el page aliñando sus vestidos al mismo

tiempo, que tu nacimiento no es noble, ¿qué gloria ganaria yo con derramar la sangre de un miserable aventurero? Vete de aqui, y da gracias que no llamo á algunos compañeros tuyos para que te harten de palos.

-- La primera voz que des te cuesta la vida, respondió Usdrobal cogiéndole fuertemente de un brazo.

-- Suelta, canalla, replicó el page desasiéndose con indignacion.

-- Juro á Dios, repuso Usdrobal dejándole, que casi me da vergüenza de medir mi espada contigo, porque á fé mia que me pareces una muger.

Era el page á pesar de todo valiente, y el último insulto quizá el único que le sacara fuera de sí.

-- Vamos, le dijo, donde quieras, y ya que te empeñas, te enseñaré yo mismo el respeto que se merece un noble de un villano como tú eres. A Dios, Zoraida; cuando concluya con este galan veremos quién te defiende.

-- Vamos, y basta de amenazas, se-

ñor page, que mucho será que os libreis de mis manos.

Diciendo así salieron del cuarto, dejando á la hermosa mora privada de sentido, y todavía descompuesta, la ira y el cansancio de la pasada refriega, habiéndole hecho caer en un accidente del que tardó mucho tiempo en volver.



---

---

**CAPITULO XVII.**

Cien mil siglos le parecia cada hora de las que faltaban hasta la dichosa que esperaba.

*(Guerras de Granada.)*

*(Perez de Hita.)*

**L**UEGO que Usdrobal y el page salieron de la habitacion de Zoraida, llegaron sin hablar palabra hasta la torre de oriente, que estaba á un extremo del gótico corredor, donde habia una escalerilla de piedra cortada por fuera en el mismo muro que conducia á las obras exteriores de la fortaleza.

-- Aguárdame aqui, dijo el page, mientras subo á mi cuarto á tomar mis armas, que no creo que nos hayamos de

batir con armas tan desiguales como son un puñal y una espada.

-- Cierito que no , repuso Usdrobal; pero no creo escusado que yo os acompañe , y si es preciso os ayude á vestir la armadura ; porque sea dicho con franqueza , Jimeno , no me fio mucho de vos.

-- Mas que yo de tí , replicó el page, te puedes fiar de mí, puesto que prosti- tuyo y empañó el lustre de mi nacimiento hasta el punto de aceptar tu desafio. Por lo demas, no me creas tan cobarde que no me considere capaz de dar una leccion con las armas á un villano presuntuoso para que nunca mas ose retar en su vida al noble de menos brio.

-- Las mismas manos tengo que tú, respondió Usdrobal, y el mismo número de dedos en ellas: anda y trae tus armas, que no quiero que nadie me tache de desconfiado. Aqui te espero: si no vuelves antes de un cuarto de hora, ya que la echas de noble, te declararé no solo cobarde, sino bastardo.

-- A pensar como se debe de las mugeres, nada tendria de particular que lo fuese, repuso el page sonriéndose con su acostumbrada impudencia. A Dios, continuó, y cree no necesito de nadie para hacerte arrepentir de tu orgullo.

Quedó, pues, Usdrobal solo tarareando un romance con su natural buen humor como si fuese á un baile, y el page se encaminó á su cuarto con el mismo descuido, pero no tan tranquilo, resentido como estaba su amor propio con la resistencia que habia opuesto Zoraida á su mal intento.

-- ¡Quién lo creyera! se iba diciendo el page á sí mismo. Es la muger mas rara que hay en el mundo. ¡Qué! ni santa Lucrecia, esa que contaba aquel monje que tanto se habia resistido al Cid, tiene que ver con esa maldita fiera; y eso que nada me quedó que hacer: con todo, si hubiese yo cerrado la puerta, y no que ese mulo de carga se sopló de rondon como si hubiese entrado en su cuadra. ¡Maldito sea! ¡ja! ¡ja! conti-

nuaba riéndose; pero qué bien fingí: vamos, no puedo menos de reirme cuando me acuerdo que yo lloraba.

Hablando así llegó á su cuarto, y tomando sus armas, conforme se las iba vistiendo se le ocurrió un pensamiento que no solo le obligó á no seguir adelante poniéndoselas, sino que aflojándose las correas se quitó la coraza que ya se habia ceñido, y la volvió á colocar donde estaba.

— ¡El diablo me lleve por majadero! exclamó. ¡Vive Dios! ¡irme yo ahora muy á lo caballero á rajár la cabeza á un miserable villano, que se considerará muy honrado con que yo me digne abrísela en dos partes como si fuese una calabaza! ¡Par diez, que soy mas estúpido que Duarte, el escudero de mi señor! ¡Como si no pudiese vengarme de él y de ella de otra manera! No señor, el jayan ese la echa de hombre de pro, y tiene humos de caballero. Y á la verdad tiene motivos de creerse tal, viéndose tan favorecido de las damas. ¡Vive Dios que es el rival mio y el del señor de

\*

Cuellar, y que se lleva de calle las dos princesas, como si valiese mas él solo que nosotros dos juntos.

Con todo, su favorita es Leonor, ha venido aqui por ella. Tengo en mi mano mi venganza sin peligro de quedar mal. Protegeré su empresa, me congraciare de ese modo con Zoraida, aunque no se le cumpla lo que desea. ¿Porque quién quita que un hombre ruede por una escalera abajo, ó que le suceda cualquier otra cosa? Luego, él es el único que me estorba aqui... en haciendo que no vuelva á parecer por acá, todo está concluido. ¡Ea! ¡viva el ingenio! Buen chasco te vas á llevar, novel paladin, continuó cerrando la puerta y dirigiéndose á buscarle. Aun no sabes tú la culebra que te voy á liar.

Pensando asi, y meditando mil planes á cual mas pérfidos, enderezó sus pasos el lindo page al sitio donde le aguardaba Usdrobal ya algo impaciente, muy divertido con sus perniciosos pensamientos, riéndose solo, ya de la que le esperaba al aventurero, ya de lo bien engaña-

do que iba á quedar en cuanto le hablara. Pero antes de llegar á él reprimió su alegría, y ocultando el natural descaro de su semblante bajo la máscara de la humildad, se acercó á Usdrobal en ademán triste, los brazos cruzados, y los ojos bajos con muestra de arrepentido. Miróle Usdrobal, y no pudo menos de admirarse de verle venir sin armas, con el mismo traje que antes traía, y con aspecto tan melancólico, cuando esperaba que volviese armado y con la arrogancia y la indiferencia propias de su carácter y de un hombre que venia á reñir.

— Por el alma de mi padre, le dijo, que estamos adelantados: me habeis tenido aqui de planton media hora aguardándoos, y os venís lo mismo que os habeis ido. ¿Que es eso? Paréceme ademas que volveis mas pensativo que os fuisteis. ¿Habeis quizá reflexionado que la espada de un villano corta tanto como la de un gran señor? ¿ó sois acaso de los que dicen que mas vale que digan aqui huyó que aqui murió?

— Ni lo uno, ni lo otro, repuso el page, y sabido es en el castillo que no soy hombre que huya á nadie la cara. Pero cuando se ha cometido una mala accion, no creo que el mejor medio de arrepentirse sea atravesar de una estocada al que se opuso á ella. Puedo tener cuantos defectos se quieran; en un momento de cólera puedo llegar á ser criminal; pero mi corazon es bueno, y cuando conozco que no obré bien, no soy de aquellos que tratan de sostener á todo trance una cosa injusta.

— ¡Juro á Dios, respondió Usdrobal, que me he llevado chasco contigo, y que creí que tenias todo bueno menos el alma. Pero ya que dices tú lo contrario, no habrá mas remedio que creerte. Pero en fin, ¿á qué viene todo eso?

— Viene, replicó el page, á que sería yo un mal hombre si aceptara tu desafio y no estrechara de veras mi amistad con quien sin duda es mas que lo que parece, y puesto que no lo sea, es digno de ella por su virtud.

—Es la primera vez, replicó Usdrobal, que me oigo elogiar de ese modo; hasta ahora solo me habian alabado por mi mala cabeza, pero ya veo que me falta poco para ir al cielo, si he de creer lo que dices.

—Yo he hecho mal, continuó el page, en haber atropellado á una muger sola y sin defensa.

—Eso sí, interrumpió Usdrobal, y merecias que te asaetearan vivo. Si hubiera sido con su consentimiento, pase, que no soy yo tan escrupuloso que me hubiera metido á estorbarlo; pero por fuerza, juro por todo el infierno que es una infamia.

—Es cierto, una infamia, repitió Jimeno sin mudar de color, y harto arrepentido estoy de ella; pero la ocasion, el amor, algunas palabras acaso mal entendidas... ¿Quién podrá decir que no ha pecado en su vida?

—En resumidas cuentas, replicó Usdrobal, todo eso se reduce á que no te quieres batir conmigo, ¿no es cierto?

-- Asi es , repuso el page , pero no por miedo que tenga , porque te juro que no le he conocido nunca , y ocasiones vendrán en que veas que no miento , sino porque tú no me has hecho nada , ni creo tampoco que yo te haya dado á tí ningun motivo de queja. En cuanto á Zoraida , estoy pronto á pedirla humildemente perdon , á darla cuantas satisfacciones me exija , y lejos de creer que me humillo con hacer esto , estoy seguro que me ensalzo á tus ojos , ó me equivoco mucho.

-- ¿Qué quieres que te diga ? replicó Usdrobal ; aunque siempre mi opinion es , cuando se trata de batirse , dejar las esplicaciones para despues , creo no obstante que tienes razon. De todos modos , ¿ qué mas podia yo prometerme , aunque te hubiese vencido , que lo que tú me ofreces de buena gana ? Por otra parte , como tú has dicho , no tengo ninguna queja de tí. Con que no hay mas sino dar esto por acabado , y como si no hubiese sucedido nunca.

— No basta , repuso el page ; yo quiero ser tu amigo , y para probártelo te voy á cumplir la palabra que te dí de proteger la fuga de Leonor esta misma noche.

— Oh , eso sí , exclamó Usdrobal ; eso primero que todo , y aqui tienes mi mano y mi corazon.

— Ahí tienes la mia , respondió Jimeno alargándola.

— Apretáronselas mutuamente los dos recién hechos amigos , Usdrobal con toda la sinceridad de su alma , y el page con toda la doblez de la suya , pero en apariencia con el afecto y la cordialidad de un verdadero amigo de corazon.

— Esta misma noche , prosiguió el page , la sacarás de aqui ; voy ahora mismo á proporcionarte todos los medios posibles para que tu empresa tenga buen éxito. De aqui á dos horas estarás en este mismo sitio , que es el mas solitario del castillo , y donde podemos hablar con la confianza de que nadie nos oiga : aqui en todas partes hay mucho que recelar , añadió mirando á un lado y á otro y bajando la

voz; sin ver nosotros á nadie puede haber quien nos espíe. Cada pared de estas esconde un eco que repite nuestras palabras: á un lado y á otro se puede esconder mucha gente sin ser vistos. Acércate, continuó tomándole una mano y haciéndole que tocase la pared: ¿ves este muro de piedra y sólido al parecer? pues está hñeco, y entre las piedras de este lado y las del otro hay un pasadizo que siguiendo toda la muralla da vuelta á la fortaleza, tiene salidas y comunicaciones con todas las habitaciones y las escaleras. Pero hay muy pocos que conozcan estos secretos. Yo mismo no sabia nada de ellos, hasta que Zoraida me los comunicó para que pudieses sacar á Leonor sin peligro.

— Mas te agradezco ese favor que si me hicieras príncipe, repuso Usdrobal encantado de la franqueza del page.

— Te aseguro que no tendrás nada que agradecerme, respondió Jimeno, y que todo lo hago únicamente por hacer algo bueno en mi vida. Esta noche, como iba diciendo, yo te introduciré en uno de

esos pasadizos , y haré de modo que Leonor esté preparada para que te siga sin hablar palabra ni meter ruido á una seña que tú darás. Saldrás por el mismo camino por donde entraste ; bajarás una escalerilla de caracol que está á la izquierda , á la primera vuelta que forma el callejon , y con una llave que te daré , abrirás una puerta que da al campo y...

-- Son demasiadas señas esas para que yo me acuerde , interrumpió Usdrobal , y lo mejor será , puesto que caminas de buena fé , que tú mismo me sirvas de guia. A tí te conocen y te respetan aqui mas que á mí , y sabrás responder á las atalayas que acaso encontraremos en el camino.

--Juro por las barbas de todos los difuntos habidos y por haber , repuso el page , que no hay peligro ninguno , y que así no me salgan todas las cosas como deseo si esta aventura tiene mal fin.

-- Con todo , replicó Usdrobal , siempre he oido decir que adonde menos se piensa salta la liebre , y no creo que an-

darse sin guías por andurriales, atajos, escaleras y pasadizos no conocidos, sea muy prudente. No que yo desconfie de tí, ni tema por mi vida tampoco, sino que á la verdad, sentiría que esa pobre muchacha se pudriera aqui para siempre.

-- Muy prevenido eres, respondió el page, y á fé mia que no te creí tan prudente; pero en fin, si ha de calmar tus temores que yo te acompañe, dálo por hecho, que no solo iré contigo, sino que te daré cuantas seguridades exijas de mi persona. Y ahora, á Dios hasta la noche, que de aqui á dos horas me aguardarás en este mismo sitio.

-- ¡Oye! dijo Usdrobal; antes de que te vayas démonos prendas para que no podamos uno á otro engañarnos, ni descubrir nada sin que corramos peligro los dos.

-- ¡Por Santiago! exclamó el page, que desconfias demasiado de mí, y te juro á fé de noble que no te engaño.

-- No acepto ese juramento, porque no te lo puedo devolver, replicó Usdro-

bal, no siendo noble como tú; cuanto mas que lo que yo te propongo tanto vale para mí como para tí. Ni tú ni yo nos conocemos tanto que podamos fiarnos absolutamente uno de otro, y cuando de buena fé se procede no duelen prendas. Esto no lo sabe nadie sino tú y yo; si se descubre tiene la culpa uno de nosotros, y es muy justo, ya que los dos entramos en la intentona, que no la pague uno solo.

-- Natural condicion de villanos, repuso el page, es desconfiar de todos. Pero no me importa, y como tú has dicho, no duelen prendas cuando se obra bien. Ahí tienes esa sortija de oro, en que estan trabajadas las armas de mi familia, y que vale mas que cuanto tú puedas darme; y sacándosela del índice de la mano derecha se la entregó á Usdrobal.

-- Pues yo en cambio, respondió Usdrobal, te entrego este relicario en que va un pedazo de la verdadera cruz, que trajo al convento en que me crié un peregrino de Tierra Santa, y que vale sin

duda mas, añadió besándolo devotamente, que toda la nobleza de que pueden jactarse todos los rico-hombres de España. Lo he llevado conmigo desde niño, y me ha libertado de mas de un riesgo.

El page lo recibió con indiferencia, y se lo guardó en uno de los bolsillos del follado ó calzon de seda plegado que se usaba entonces. Hecho esto se despidieron segunda vez, y cada uno fue á ocuparse de lo que tenia que hacer. Quedó Usdrobal un momento entre pensativo y alegre, persuadido de que habia tomado cuantas medidas podia dictar la prudencia, y muy pagado de sí mismo, siendo quizá esta la primera vez de su vida que habia obrado con precaucion.

— Si tratára de engañarme, se decia á sí mismo, y me prenden, yo le juro que le han de colgar á mi lado. Pero no hay cuidado, y si hubiera tenido intencion de venderme, no hubiera andado tan facil en darme tantas seguridades. ¡ Pobre Leonor ! Lo mismo es acordarme de ella que siento un no sé qué como si estuvie-

ra enamorado. ¿Y por qué no la he de amar? Tan hermosa, tan jóven, tan dulce como es, ¿qué extraño tiene que yo la ame? Pero lejos, lejos de mí esta idea; mi nacimiento y mi posición en el mundo son obstáculos insuperables para que nunca se realice mi atrevimiento. No, yo no la amo; yo soy únicamente un esclavo fiel que la serviría toda mi vida de rodillas solo por merecer una mirada suya. ¡Ah! continuó suspirando; ¿por qué no fueron nobles mis padres! y ya que no... Pero no pensemos mas que en servirla siempre; servirla siempre para que al menos no me mire con odio.

En estas imaginaciones bajó al patio, donde sus compañeros se divertían en varios juegos de fuerza y de ligereza, y metiéndose entre ellos procuró distraerse y aturdir el ánimo con las voces y la alegría de la multitud.

— ¡Duarte! gritó Saldaña despertándose al escudero que siempre le acompañaba. ¿En dónde está Jimeno?

— Señor, respondió el viejo, que no

tenia mucho cariño al buen page, para la falta que hace, lo mismo da que esté aqui que en Roma; estará por ahí haciendo piruetas.

— ¡Animal! replicó Saldaña, no te pregunto qué hace, sino dónde está.

— Vuestro padre no me llamaba nunca animal, repuso Duarte, ni ese fue el nombre con que me bautizaron.

— ¿Dónde está el page?

— Le iré á buscar si quereis, continuó levantándose con mal gesto. ¡Vive Dios! añadió murmurando entre dientes, que no parece sino que el demonio del títere ese nos ha de traer á todos revueltos.

— ¡Largo de ahí! á buscarlo, gritó Saldaña imperiosamente, y basta de refunfuñar.

— Voy allá, repuso el escudero con calma, y echó á andar hácia la puerta; pero no habia aun llegado á ella, cuando vió al page que venia, y mirándole con el peor ceño del mundo, se puso á un lado para dejarle entrar.

-- ¿Qué me miras, mulo? le preguntó Jimeno en voz baja riéndose de su gesto.

-- Aquí está ya la alhaja, gritó Duarte á su señor; y salió del cuarto gruñendo un millon de maldiciones contra el niño mal criado que no respetaba sus canas.

-- ¿En dónde habeis estado, Jimeno? preguntó Saldaña con impaciencia: ¿os parece regular dejarme aqui solo con ese bárbaro de Duarte, que si le pido agua me trae un unguento, y que siempre lo trueca todo?

-- Permitid, señor, replicó Jimeno con humildad, que os diga que aunque teneis razon en lo que decís, he ido á cumplir con vuestras órdenes.

-- ¿Y qué órdenes he dado yo, repuso Saldaña, si me acabo ahora mismo de despertar?

-- En cuanto volvísteis en vos, la primera cosa que me dijísteis, contestó el page, fue que mandara matar á Zoraida, y...

-- ¿Y la habeis muerto ya? preguntó el de Cuellar con sobresalto.

— Aun no, repuso Jimeno; pero he dado las órdenes convenientes, y esta noche...

— ¡Infame! exclamó Saldaña con ira. ¿Quieres cargarme mas delitos que los que tengo? ¿quieres que cumpla lo que me ofreció, y que me vea á todas horas perseguido de su aparicion? Corre al momento, y juro á Dios que el primero que la toque al pelo de la ropa que le mande yo arrancar el corazon por mano del verdugo, y colgarle de una almena para espantajo.

— Señor, replicó el page, cuando salí de aquí á obedeceros pensé justamente en lo que acabais de decir ahora mismo, y no dí las órdenes con tanta premura que corra esa muger todavía ningun riesgo, habiéndome contenido esta reflexion, y persuadido de que no os faltarian medios mejores de libraros de ella para siempre sin peligro de vuestra conciencia, porque al fin claro está que es forzoso que no la volvais á ver.

— Eso sí, respondió Saldaña, y pa-

ra eso el mejor medio es que se vaya de aqui, ó echarla por fuerza sino quiere irse.

— De ningun modo, señor, repuso el page: en primer lugar porque su tenacidad es tal, y son tan maravillosas sus artes, que aunque se la llevasen al fin del mundo volvería, y si la encerrasen hallaria medio de salir aunque fuese de las entrañas de la tierra, porque ó mucho me equivoco, ó en su desesperacion ha hecho pacto con los demonios: cuanto mas, que dado caso que no volviera, iría publicando por todas partes, con gran descrédito vuestro, lo que no es capaz de imaginarse el diablo, y quizá perderiais vuestra fama.

— Tienes razon, Jimeno, respondió Saldaña, y no hay remedio. Es lo que ella me ha dicho; es el demonio de mi persecucion.

— No hay duda, repuso el page, y lo que acabo de averiguar lo confirma.

— ¡ Maldición! exclamó Saldaña. ¿Qué ha hecho esa condenada muger?

✱

— Señor, respondió Jimeno, ha ideado un plan diabólico, y que siento tener que decíroslo, porque os va quizá á irritar demasiado, y lo primero es cuidar de vuestra salud.

— ¡Maldito! pues si lo has apuntado ya, ¿quieres dejarme así en la incertidumbre para que padezca lo mismo sin satisfacer mi curiosidad?

— He hecho de modo, poniéndome en su confianza, que no tendrá efecto, á pesar de sus arterías, replicó el page. ¡Pero es horrible! ¡es un plan!...

— ¡Demonio! ó calla, ó habla del todo, ó por Santiago te estrello contra la pared, gritó Saldaña enderezándose en la cama lleno de cólera.

— Quería evitaros un disgusto, respondió Jimeno, que se deleitaba en enfurecerlo; pero ya que lo tomáis por empeño os lo diré; sosegaos.

— Pues dilo, y sé breve, que ya que he de vivir atormentado, mas vale que sea por hechos que por imaginaciones, repuso Saldaña, dejándose caer en la cama.

— El caso es, señor, que cuando salí de aquí, dudoso si obedecería vuestras órdenes, ó las miraría como un acto de acaloramiento de que pudierais arrepentiros despues, oí gritos hácia la habitación de Zoraida. Curioso de ver qué era, me encaminé hácia allí, aunque las voces me parecieron tan espantosas y lúgubres que necesité de todo mi ánimo para no volver el pie atras. Llegué por fin á la puerta, y hallándola cerrada me puse á escuchar asombrado de lo que oía. Era ella que evocaba á los demonios con los conjuros mas terribles que ha usado en su vida la bruja mas detestable, y con las mas sacrílegas maldiciones que pienso oír jamas. Con todo, como hablaba en lengua estraña, solo pude entender muy poco; pero juraría que oí vuestro nombre y el de Leonor.

— ¿Mi nombre y el de Leonor? exclamó Saldaña estremeciéndose involuntariamente: sigue, Jimeno, sigue.

— Sí señor, continuó el page, oí vuestro nombre y el de Leonor. Poco des-

pues bajó la voz, y me pareció que estaba hablando sola; pero bien pronto sentí otra voz que la respondia, y que yo creo que era el demonio, que habia acudido á sus gritos y estaba hablando con ella.

-- ¡Jimeno! gritó Saldaña afectando serenidad, aunque en su rostro estaba pintado el terror; sería una ilusion tuya; es imposible, deliras.

-- No señor, nada de eso, prosiguió el page; yo mismo lo pensé así en un principio, pero... ¿Os poneis pálido? ¿qué teneis? Callaré.

-- No, no es nada; sigue, nada tiene de extraño que esté algo pálido.

-- Despues me convencí, continuó Jimeno, de que era verdad. Oí, pues, como iba diciendo, que la hablaban, y entonces algun angel me hizo adivinar lo que maquinaba esa muger infernal, y entendí que trataba nada menos que de envenenar á Leonor.

-- Por todo el infierno, exclamó Saldaña lleno de ira, que es la bruja mas

horrible que nunca he oido. Sal y haz que la quemén viva, y que echen sus cenizas al viento.

-- Pensad, señor, repuso el page, en lo que vos mismo dijísteis antes, y que si la haceis matar de orden vuestra...

-- Tienes razon; no hay remedio, interrumpió Saldaña; será menester que yo huya, que sea yo el que me vaya ó me mate. ¡ Maldita, maldita sea! ¡ Envenenar á Leonor! ¡ No te estremeces tú, alma de Cain? añadió mirando á Jimeno. ¡ No te asombra de que haya quien sea capaz de envenenar á una muger tan hermosa y tan inocente?

— En verdad, repuso el page, que no estoy menos horrorizado que vos, pero ya no hay que tener cuidado; soy yo el que ha de hacerlo, y ya os podeis imaginar que me he valido de este ardid para evitar que lo hiciera otro.

— Tú cres malo, Jimeno; eres sin duda mucho mas malo y mas perverso que yo, dijo Saldaña mirándole de hito en hito; y el page, á pesar de la seriedad

que exigía el asunto, no pudo menos de agradecerle el cumplimiento haciéndole una cortesía. Pero Saldaña sin notarlo, continuó:—Yo, si hubiese oído lo que tú me cuentas, entro y la clavo el puñal mil veces hasta la guarnición. Es menester ser verdaderamente malo para disimular y mentir hasta ese punto.

No cambió de color por eso Jimeno, ni en ningun movimiento suyo hubiera podido conocer el observador mas escrupuloso que estaba mintiendo en aquel momento, antes por el contrario, y sin aparentar la turbacion mas ligera, respondió á Saldaña con su acostumbrada desfachatez:

—Vos me llamais malo únicamente porque en vez de cometer un crimen para impedir otro, me he valido de la astucia y hecho caer en el lazo á nuestra enemiga. He pensado asi inutilizar sus encantos, y aunque no se me oculta que por sus malas artes vendrá á descubrir mi enredo, tenemos tiempo entre tanto de delatarla por bruja al tribunal ecle-

siástico, y poner fin de esa manera á sus tramas.

— ¿Pero tú crees de veras, preguntó Saldaña, que esa muger haya hecho pacto con el demonio?

— ¿Y vos lo dudais? replicó el page. Estoy tan seguro de lo que digo, como que no hay médico en el mundo que pueda averiguar de qué estan compuestos los brebajes que ha preparado, y yo mismo la he oido hablar con el diablo, y ella misma me lo ha confesado.

— ¿Y estás tú pronto á sostener de todos modos la acusacion? replicó el conde.

— A prueba de hierro y de agua, y á pie y á caballo si tiene algun campeon, contestó el page aludiendo á las diferentes pruebas que en aquel tiempo se hacian en las causas de magia.

-- Pero si ese pacto es verdad, como dices, insistió Saldaña, ¿cómo has podido tú engañar á una muger que protege el diablo?

-- Señor, replicó Jimeno, Dios pone á veces una banda en los ojos del mas

perspicaz, y le hace que caiga en el hoyo que evitaría un ciego.

-- Asi será, respondió el de Cuellar, ó tal vez que tú eres mas diablo que el diablo mismo. De todos modos, quisiera saber de qué artería te has valido.

-- Del amor.

-- ¡Del amor! preguntó el conde con estrañeza: ¿y ella te ama á tí?

-- No señor, repuso el page, pero yo he fingido que la amaba; ella me ha creido necesario para poner en ejecucion su designio, y lo ha fingido tambien.

-- Par diez que es la primera vez que me rio hace seis años, exclamó Saldaña con una sonrisa diabólica. Algo ratera me parece tu superchería; pero en fin, yo me lavo las manos, es cosa tuya, y á tí te tocará responder por tu alma, que no á mí. Yo te agradezco tus servicios, Jimeno, y te los agradeceré mucho mas cuando me vea libre de su persecucion.

-- Pues para ello, respondió Jimeno, es menester denunciarla al tribunal

cuanto antes. Además de que estoy seguro de que es bruja, y de mi serenidad al acusarla, su opinion no es la mejor en todos estos contornos, y habrá miles que atestigüen en contra de ella. No tiene aqui á nadie, es una estrangera de la maldita religion de Mahoma, y á poco que se estienda y publique lo que ella es se verá odiada de todos y se aprobará su sentencia de muerte como justa y bien dada por el tribunal. Ninguno saldrá en su defensa, sufrirá la prueba de las barras, y si por algun artificio pasase por ellas sin quemarse, reiteraré la acusacion y la sostendré á todo trance.

— El plan es como tuyo, dijo entonces Saldaña; pero en fin, yo no tengo nada que ver contigo, líbrame de ella y haz lo que quieras.

— Podeis contar con que mañana en todo el dia quedará el castillo desocupado de esa mala hembra, contestó Jimeno.

Quedó Saldaña sumido en uno de aquellos letargos mentales en que caía siem-

pre despues de cualquier conversacion en que su ánimo tomaba algun interés, como si revolviere en su imaginacion todo lo que se habia dicho. Calló el page, y hubo un largo rato en que reinó el mas profundo silencio en la habitacion. La luz amortiguada del crepúsculo, pronto ya á oscurecerse, penetraba apenas por las altas ventanas de la estancia entre los vidrios de colores, y casi no se distinguian los adornos del cuarto, confuso todo con las sombras de la noche, que se acercaba.

-- Esta es la hora mas terrible para mí, dijo el supersticioso Saldaña; en cada sombra veo un fantasma. Si yo pudiese rezar... ; oyes? tocan á la oracion; recemos, Jimeno.

La campana de alguna iglesia del pueblo marcaba entonces efectivamente la hora de esta devocion cotidiana, y sus lúgubres y prolongados sonidos sucediéndose lentamente, llegaron á sus oidos en aquel punto. Muchas veces tanto Saldaña como su page los habian oido sin

sentir el temor secreto que en aquel momento turbó de repente su corazón, y ambos á dos murmuraron un Ave María con mucho recogimiento. Entraron poco despues dos criados, y colocaron dos lámparas de plata encendidas sobre una mesa de tres pies con remates de bronce, y saliendo en seguida, la luz cambió los pensamientos de los dos malvados haciéndoles volver á tomar el camino de que se habian separado por un instante.

—Voy, señor, dijo Jimeno, con vuestro permiso, á dar orden que de ningun modo se ejecute la sentencia que fulminásteis contra Zoraida. Nuestras gentes son de suyo ejecutivas cuando se trata de cumplir mandatos de este jaez, y no sería extraño que adelantasen la hora.

—Sí, ve al momento, respondió Saldaña; sería la mayor desgracia que podia sucederme que esa muger muriese por orden mia. Como tú has propuesto ya es otra cosa; yo nada tengo que ver, y asi no podrá venir despues á echármelo en cara y á maldecirme.

-- ¿Quereis que llame á García ó á Duarte que os acompañen? preguntó el page.

-- No, de ningun modo, respondió Saldaña; que esten ahí cerca por si se me ocurre algo. Quiero estar solo.

Hízole Jimeno una cortesía respetuosa al retirarse, y saliendo de la habitacion se dirigió en seguida al sitio donde Usdrobal debia aguardarle; pero no habia andado muchos pasos, cuando dándose una palmada en la frente, como si se hubiese acordado de pronto de alguna cosa, volvió atras muy de prisa, torció varios corredores á derecha y á izquierda, bajó algunas escaleras, y llegando por último á las salas bajas que habitaban los hombres de armas, entró en una de ellas y llegó al cuarto ó pabellon del gefe de los aventureros.

-- ¿Qué hace tu capitan? preguntó el page á uno de los soldados que estaban allí á la puerta.

-- Ahí dentro está, repuso éste, refrescando el paladar con unos cuantos amigos.

-- ¡Martin Gutierrez! gritó el page llamándole.

-- Adelante el que sea, respondió una voz ronca desde adentro con arrogancia. Oyéronse en seguida dos ó tres juramentos y dos ó tres puñetazos, al parecer dados sobre una mesa por alguno que queria sin duda tener razon, y echaba mano de las ya dichas para provarlo.

-- Ahí está la gente que busco, se dijo el page á sí mismo entrando sin mas cumplimientos, y bien seguro de que no por eso aquellas buenas gentes se enojarian. Pensando asi llegó adonde estaba el capitan y otros dos ó tres subalternos suyos jugando en un tablero á un juego llamado *Alquerque*, y que era muy parecido al que hoy se llama de tres en raya, con un pellejo de vino al lado, que no era mucho menor la bota de que se servian. El adorno del cuarto consistia en una mala mesa de pino en que ardía un candil, dos ó tres escaños ó bancos cojos, y varias piezas de armaduras, como escudos, yelmos y espadas colgadas por las

paredes. Gozaba el page de mucha consideracion en el castillo, merced al favor de Saldaña; asi que, en cuanto entró todos se pusieron en pie menos el capitan, que le miró de arriba abajo, con aquella manera de perdonar vidas que le era natural, al tiempo de saludarle.

-- Hola, señores, dijo el page, parece que se pasa el tiempo alegremente.

-- A estilo de gente de guerra, respondió el capitan; vos no querreis catar de esto, continuó alargándole la bota, porque eso no es sino para la gente cruda.

-- Os equivocais, capitan, replicó el page aceptando el convite, y sin hacer ningun melindre, á pesar de su aparente delicadeza. Donde vos poneis la boca, no debe tener escrúpulo de ponerla el mismo rey en persona.

Y venciendo su repugnancia á beber por donde tantos habian bebido, empuñó la bota con la misma soltura que pudiera hacerlo el bebedor mas acreditado. Tomóla en seguida el que estaba al lado, que se la presentó al capitan, quien no ha-

biéndola recibido por cortesía, le hizo señas que bebiese y corriese la rueda, lo que se obedeció puntualmente.

-- ¿Y qué os trae por acá, señor Jimeno? preguntó el veterano saboreándose.

-- Una orden secreta que hay que comunicaros, replicó el page.

-- ¿Hay que hacer alguna correría?

-- No hay necesidad siquiera de salir del castillo para cumplirla.

-- Lo siento, respondió el veterano; atiza esa torcida, continuó volviéndose á uno de sus amigos, que nos vamos á quedar á oscuras.

— No es cosa mayor, dijo el page; pero es importante que suceda, y además pide mucho sigilo, por lo cual será bueno que os hable á solas.

— ¡Ea, muchachos! fuera de aquí hasta luego, que voy á recibir órdenes, gritó Martin Gutierrez á sus amigos.

Salieron todos obedeciéndole, y habiendo quedado solos el capitán y el page, dió éste dos ó tres vueltas por el cuarto como receloso de que alguno oyera,

cerró la puerta con mucho cuidado y se acercó al capitán, que le miraba con desprecio, como si le parecieran todas aquellas precauciones ridículas ó cobardes.

-- Gran novedad debe haber, señor Jimeno, le dijo, que no parece sino que se trata de ponernos en emboscada.

-- Pues de eso se trata, señor, Gutierrez. El señor de Cuellar me manda que os diga pongais esta noche en uno de los nichos de la escalerilla del norte que va á la estacada dos ó tres hombres de aquellos que merezcan mas vuestra confianza. La cosa no es nada, no es mas que echar un hombre al otro mundo antes que le llegue la hora.

-- ¿Y para eso dos ó tres hombres? replicó el veterano sonriéndose con aire maton; por el alma de mi padre que se han vuelto gallinas los hombres de este siglo.

-- No es eso, señor capitán, no es eso, respondió el page, sino que no se quiere meter ruido sin necesidad.

-- Á mí poco me importa, repuso el

capitan; pero pensé que era asunto de mas empeño. Con todo, estoy convenido con el señor de Cuellar en servirle por dos años mas, y obedeceré.

-- ¿Y qué hombres me dais? preguntó el page.

-- Os llevareis ahí dos muchachos de pelo en pecho, y el chico nuevo que llaman Usdrobal, que con eso se estrenará.

-- No, ese muchacho de ningun modo, repuso el page; tiene muchos humos de caballero, y quizá lo echaría á perder.

-- Para eso, como querais, cualquiera es bueno.

-- Sí; pero sobre todo á ese muchacho, insistió el page, no hay que decirle ni una palabra.

-- ¿Y á qué hora? preguntó el capitan.

-- Á eso de media noche.

-- Está bien; es una pequeña álgara, dos ó tres ginetes que salen á correr la tierra, una sorpresa de poca importancia.

-- Cuento con ellos, repuso Jimeno.

\*

-- Á no dudarlo, contestó el capitán.

-- En dando yo dos palmadas, ¡firme! en el que vaya á la izquierda bajando la escalerilla, y ahora á Dios.

En diciendo esto el page, se despidió precipitadamente como el que habia fallado en mas de un cuarto de hora á la cita y temia llegar tarde. Entre tanto Usdrobal hacia ya mucho tiempo que le aguardada impaciente y desesperado con su tardanza, ya temiendo si se habria arrepentido de sus ofertas, ya buscando razones con que escusar su retardo. La noche habia cerrado ya enteramente, tan oscura que apenas se divisaba una estrella en el firmamento.

El lector que por curiosidad haya visitado alguno de los castillos antiguos que han luchado hasta hoy con el transcurso de los siglos y el furor de los hombres, y que todavía elevan sus almenadas torres y sus murallas ya casi destruidas como un monte de piedra, llenando de lúgubre magestad sus contornos, puede formarse facilmente una idea exacta del edi-

ficio en que pasaban los sucesos que acabamos de referir (1).

Todo allí era sombrío como el dueño de la fortaleza; la noche parecia mas oscura en aquellos corredores, por cuyas altas claraboyas apenas penetra la luz del dia; el eco de los pasos resuena á lo largo con temeroso ruido, y la palabra se repite, por bajo que se hable, sordamente en todos los ángulos del muro, como si mil seres invisibles habitasen por todas partes, y respondiesen con tristes gemidos á la voz humana. No era Usdrobal supersticioso, pero la oscuridad que le rodeaba, la soledad, el ruido pausado del eco que resonaba sus pasos, y sobre todo la hora, podian haber cubierto de melancolía el corazon mas alegre por naturaleza. No era él ya tampoco aquel jóven de buen humor que por nada tomaba pena, que á todo se acomodaba, y que con tanta indiferencia vivia en la cueva de

(1) El autor de esta novela ha recorrido detenidamente las salas del castillo de Cuellar, pueblo de su destierro.

los ladrones como en el mas suntuoso palacio. Nunca habia deseado hasta entonces saber de quién era hijo, y hubiera dado con gusto la mitad de su vida por conocer al padre que le engendró, y saber si era ó no de nacimiento ilustre, y podia pretender con razon los altos destinos á que se sentia inclinada su alma, y que alhagaban tanto su fantasía. Veíase entonces mezclado con la escoria mas vil de la sociedad, sin nombre, sin hechos de armas gloriosos, y este pensamiento, y el recuerdo de Leonor, humedeció sus ojos con una lágrima de amargura. Quizá ella le miraria como un bandido y le despreciaria, creyendo que solo el vil interes y las demas pasiones bajas podian tener cabida en su alma. Sus última conversacion con ella harto se lo habia provado, y demasiado habia visto en sus ojos que le miraba con indiferencia, y como á un hombre de inferior gerarquía, y cuyo deber era sacrificarse por ella. Deseaba volver á hablarla antes de poner en ejecucion el plan que tenia de

salvarla aquella noche, y este deseo que se aumentaba en él cada instante, y á cada idea que se le ocurría, poniéndole tan impaciente como si le pinchasen mil alfileres, le hacia que esperase á Jimeno con mas ansia, falto ya casi de sufrimiento. Llegó por fin el suspirado momento, y Usdrobal sintió pasos de alguno que se acercaba.

— ¿Quién eres? le dijo: ¿eres tú, Jimeno?

— El mismo, repuso el page, que sacando una linterna sorda de metal, de que venia provisto, deslumbró de repente al aventurero, é iluminó parte del corredor.

— Ya era hora de que vinieras, que me has hecho esperar aqui un siglo.

— Mas esperan, replicó el page, los que estan aguardando al Mesías, y aun les queda mas que esperar.

— Vamos, ¿y traes buenas noticias? ¿has preparado ya todo?

— Todo está ya dispuesto, y es bien seguro que no le prepararon mejor su fuga al rey don Alonso cuando volvió dis-

frazado de Alemania : bien me puedes agradecer la noche que vas á pasar con tu dama en cuanto salgas de aqui.

-- Jimeno , respondió Usdrobal en un tono de voz que manifestaba su enojo , guárdate de gastar malicias á costa de esa dama , porque rompemos aqui mismo las amistades.

-- Te creía mas prudente , repuso el page con calma , y no creí que era esta ocasion de que te incomodaras conmigo. Pero en fin , tengamos paz , que los buenos amigos se sirven unos á otros y luego se baten.

-- Asi es , respondió Usdrobal , y ya que te has empeñado en servirme , sirveme por completo , y haz de modo que yo la hable un momento.

-- ¿ Á quién ? preguntó el page.

Usdrobal apenas se atrevia á nombrarla , pero el page le quitó ese trabajo.

-- ¡ Ah ! continuó diciendo , sí , á Leonor ; ya veo que estais muy enamorados los dos.

Si el rayo de luz de la linterna hu-

biera reflejado en el rostro de Usdrobal en aquel momento , tal vez los colores que se asomaron en él habrian confirmado al page que por lo menos no habia mentido en la mitad de lo que habia dicho.

-- Tu malicia te engaña , repuso Usdrobal con seriedad; has de saber que Leonor de Iscar ni me ama ni me puede amar , que ella es como el sol , y yo como el mas miserable gusano que vivifican sus rayos. En fin, ¿puedes hacer que la vea? continuó despues de una pausa tomada sin duda para suspirar.

-- Veré , respondió Jimeno : sígueme.

Echó á andar el page alumbrando delante con su linterna , que iba disipando poco á poco las sombras segun pasaban, y Usdrobal á corta distancia le seguia melancólico y pensativo.

Cuando hubieron llegado cerca de la habitacion de Leonor, el page se acercó muy quedito á Usdrobal, y le dijo al oido que le aguardara alli mientras iba á disponer que él entrase.

— Jimeno , le respondió Usdrobal,

yo te creo mi mejor amigo si me proporcionas esta entrevista; te confesaré que no soy digno siquiera de servirte de escudero, y que todos los dias de mi vida te obedeceré y te seguiré á todas partes adonde quieras llevarme.

— No es cosa para tanto, repuso el page con frialdad, y te aseguro que no tienes nada que agradecerme.

Y dejándole solo, continuó entre sí.— Si tú supieras que estás como el que van á ahorcar, que le dan cuanto pide, qué poco te gustaria esta entrevista. Yo te juro que será la última que tengas en adelante. No volverás otra vez á estorbarme.

— Entró hablando asi en la habitacion de las prisioneras, y cerrando tras de él la puerta desapareció. Media hora haria que le esperaba Usdrobal, cuando sintió la voz de Jimeno, y oyó poco despues que siseaban llamándole. Acercóse con tímidos pasos y embargado el aliento, no por miedo que tuviera, sino porque iba á hablar á la muger que amaba, y no es de aquellas empresas, aun-

que á primera vista parezca lo contrario, que necesitan menos determinacion, y mucho mas en la situacion de nuestro aventurero. Llegó por fin á la puerta sin atreverse á entrar, indeciso como si el natural arrojo del desembarazado mozo hubiese cedido á la timidez del amante.

— Entra, le dijo el page, que parece que estás entumido, y no metas bu"á.

Usdrobal no contestó una palabra, pero obedeció su mandato entre dudoso y resuelto lleno de placer, y al mismo tiempo con un peso sobre el corazon.

La estacion, como se ha dicho, era de verano, y el calor solía refrescar algun tanto en la tarde. Las nubes que habian cubierto el cielo al entrar la noche se habian disipado á la salida de la luna, y aparecía la bóveda azul á intervalos, sembrada por una parte de nubes blancas, entre las cuales, como bajo un velo finísimo de encage, giraba la luna derramando su amortiguada luz, y solo á un extremo del horizonte se descubrian aun algunos celages negros. Va-

rias puertas de la habitacion daban, como se ha dicho, á un suntuoso jardin. En una de ellas sentada Leonor tomaba á aquella hora el fresco mas cuidadosa por su hermano, y distraida con su situacion, que ocupada en admirar el hermoso espectáculo que desenvolvía la noche á sus ojos. El page habia tenido cuidado de hacer retirar á todos los que la servian, y Usdrobal pudo entrar hasta alli sin que le sintiese ella misma. Estaba sentada en una de las gradas de piedra que conducian al jardin, vuelta de espaldas á la puerta por donde Usdrobal entró, y éste no pudo menos de suspenderse y pararse al verla y al oirla cantar con aquella voz argentina que tanto le llegaba al alma el siguiente romance, que era entonces muy conocido.

*¿ Hay pena mas cruda,  
hay mayor pesar  
que del que se odia  
verse requebrar?*

Diránle en las armas  
bizarro y audaz,

será con las damas  
donoso y galan.

¿Qué importa? — En el mundo  
no hay mayor pesar  
que del que se odia  
verse requebrar.

Dirán que en su escudo  
grabados estan  
mas timbres que lleva  
arenas el mar;  
que pecho le pagan  
cien pueblos y mas;  
que puede mil lanzas  
al rey presentar;  
y que en sus castillos  
su bandera ondea  
que allá en la pelea  
tembló el musulman.

¿Qué importa? — En el mundo  
no hay mayor pesar  
que del que se odia  
verse requebrar.

Habia escuchado Usdrobal su canto  
mirándola sin pestañear, estático y sin  
movimiento, parado á corta distancia de  
ella, como si fuera una estatua de hierro.  
Veíase en sus ojos la ternura y la melan-  
colía, y hubiera dado cuanto hay de bue-

no en el mundo porque aquel momento feliz de ilusiones hubiese sido el último de su vida. El que ama interpreta todo cuanto ve y escucha, y Usdrobal en la canción que acababa de oír creyó leer el corazón de Leonor, y se confirmó en la idea de que ya que no fuese amado, no tenía al menos rival. Distraído con esto, apenas se acordaba ya del objeto de su venida, si otro tenía que el de verla, y hasta que Leonor se levantó de su asiento no recobró su memoria.

— Señora... le dijo con voz balbuciente.

— ¡Oh! mi buen amigo Usdrobal, le respondió Leonor con suavidad, mucho me alegro de veros antes de que llegue la hora de salir de aquí, porque á decir la verdad tiemblo que os suceda alguna desgracia.

La frente de Usdrobal pareció iluminarse de alegría, siendo el cuidado que Leonor mostraba por él mas de lo que se atrevia á esperar.

-- Mi intencion al venir aquí, repu-

so Usdrobal bajando los ojos, ha sido únicamente tranquilizaros, y disipar cualquier temor que pudieseis tener de que saliera mal nuestra empresa.

-- Os habeis portado conmigo mejor de lo que podia esperar, replicó Leonor, y mucho mas no teniendo, como no tenéis, motivo alguno para favorecerme.

-- Señora, repuso Usdrobal, era mi deber volveros la libertad que yo mismo ayudé á quitaros tan infamemente. Y aunque es verdad que á vuestros ojos debe parecer extraño que un miserable bandido, un villano de nacimiento, y cuyos criminales hechos vos misma presenciásteis, trate de hacer una obra buena en su vida, no obstante, mi corazon no es malo, y yo... La voz le faltó al llegar aqui, y sus ojos caidos y el color encendido de su rostro mostraban bien á las claras los afectos de su alma. Leonor los interpretó de otro modo, y no vió en todo esto sino la vergüenza que el recuerdo de su mala accion le causaba.

-- Yo he olvidado ya todo en cuan-

to á vos toca , respondió Leonor con dulzura , y sería muy injusta si os aborreciese.

-- ¡ Oh ! no , no me aborrezcais nunca , gritó Usdrobal arrojándose á sus pies de pronto : yo soy feliz con solo eso , con solo que me perdoneis , con solo que os digneis mirarme como al perro á quien echais el pan debajo de la mesa , sin odio , y con lástima.

-- ¿ Qué haceis , Usdrobal ? repuso la dama con altivez , habiendo descubierto en sus desconcertadas acciones la causa de tantos servicios. Levantaos.

Usdrobal se puso en pie , y se retiró atrás dos ó tres pasos con respetuoso ademán , y sin alzar los ojos , como si temiese empañar el brillo de aquel sol con sus miradas atrevidas.

-- Perdonad , le dijo , si os he enojado con lo que he hecho ; puedo jurar que no ha sido mi intencion ofenderos.

-- Tal creo , replicó Leonor ; pero desde aqui en adelante cuando hayais cumplido vuestro ofrecimiento de sacarme de

aquí, ya que tan gran servicio quereis hacerme, yo os haré pagar al precio que queráis, y no volveremos á vernos mas.

-- ¡Pagar! ¿Con dinero? murmuró Usdrobal; y una lágrima de fuego quemó al mismo tiempo sus párpados y se secó en sus encendidas mejillas.

Miróle Leonor, y no pudo menos de conmoverse y estrañarse de la delicadeza de aquel villano.

-- ¿Y á qué hora, le preguntó, vendreis esta noche?

-- Entre doce y una, respondió Usdrobal con acento melancólico. La seña serán tres golpes en esta pared que se abre, continuó señalando á un ángulo del cuarto; vos responderéis con otros tres, abriré yo entonces, y me seguireis.

-- ¿Y no correis ningun riesgo? preguntó Leonor.

-- Creo que no, replicó Usdrobal; y aunque así sea, ¿qué vale la vida cuando se ha de pasar sin brillo y en el olvido; cuando se ha nacido para arrastrarse eternamente como la culebra, que

ni aun puede mirar al águila que se remonta?

En diciendo así quedó un momento pensativo, alzó después los ojos, y los fijó en Leonor con una espresion tal de ternura y pena que habria conmovido un marmol. Leonor no le miraba. Saludó en seguida y se retiró, dejándola llena de esperanza y de temor hasta que sonase la hora.

No bien hubo salido cuando halló al page en la antesala, que le aguardaba.

-- ¿Qué tal? ¿está todo ya concertado? le preguntó este con su maliciosa sonrisa.

-- Todo, respondió Usdrobal con sequedad.

-- Pues ahora á descansar hasta luego.

-- ¿Falta mucho tiempo? preguntó Usdrobal con impaciencia.

-- Tres horas lo menos, repuso el page. Parece que no sales muy satisfecho.

-- ¿Qué te importa? replicó Usdrobal bruscamente; pero reconociendo la falta que cometia hablando así á quien

tanto le favorecía, añadió:—No, descontento no; pero siento tener que aguardar tanto tiempo.

—Pues no hay mas remedio que tener paciencia, contestó Jimeno.

—Si tu sangre te escaldara como á mí el corazon no me darias esa respuesta. ¿Vendrás á buscarme?

—Sí. ¿Adónde?

—Ni yo lo sé, respondió Usdrobal. En cualquier parte. Estaré... paseando en la esplanada del castillo.

—Pues hasta luego.

—A Dios.



---



---

**CAPITULO XVIII.**


---

Salen con tanto silencio  
 que ni las nocturnas aves  
 sienten sus secretos pasos,  
 ni los veladores canes.

.....  
 .....

Sacan los alfanjes fieros,  
 derriban los capellares,  
 y tíranse fuertes golpes  
 con pensamientos mortales.

Crece la rabia y desden,  
 la fuerza, rabia y corage,  
 y saltan vivas centellas  
 de los duros pedernales.

*(Romancero.)*

**L**A campana de la iglesia principal tocaba á maitines cuando Usdrobal, que en vano habia tratado de descansar, salió á la esplanada del castillo con la misma impaciencia que si mil chispas hubieran caido sobre él, y le abrasaran en todas partes á un tiempo. El camino del de-

sierto no se le hace mas lejos al caminante fatigado y sediento, el dia de fiesta no le parece mas tarde en llegar al jornalero holgazan, ni camina tan lenta la eternidad para el condenado, como le habian parecido perezosas las horas al impaciente Usdrobal. No asi al page. Su alma de hielo, y estragada por un amor propio insufrible y su mal corazon, estaban muy acostumbrados á ver sufrir y á sentir una complacencia secreta en los padecimientos agenos. Criado desde niño al lado de Saldaña, y educado en el crimen, ambicioso por naturaleza, y astuto traidor y maligno por instinto, sabia tomar cuantas formas exteriores le acomodaban, y encubria bajo la lindeza de su rostro y la flexibilidad de sus facciones la mas refinada perversidad. Sin duda nació ya inclinado al mal, y su educacion acabó de completar su carácter: su amor propio le hacia querer dominar donde quiera, y sobre todo á las mugeres, á quienes aunque parecia mirar con desprecio, trataba siempre de rendir, siendo este el triunfo

que más lisonjaba su vanidad. Su amor propio producía en él los mismos efectos que la pasión más desenfrenada, no perdonando medio alguno para lograr su intento y satisfacer su orgullo ó su venganza. Su ambición le hacía mirar con odio á cuantos eran más que él, y él solo era page de lanza: en fin, sus dotes eran dignos de cualquier proteo político de nuestros días. Llegaba ya el término de su venganza, y había pasado las tres horas que tan pesadas habían parecido á Usdrobal gozándose en sus planes futuros, y embriagado en los sueños de oro con que alhagan la malicia y la perversidad, igualmente que la virtud y la inocencia. Dormía Saldaña, su hermana llena de cuidado había venido á asistirle, y salió á buscar á Usdrobal.

Todo estaba callado en el castillo, y solo tal vez se oía el ladrido lejano de algún perro, ó el canto sordo y monótono del centinela que entretenía el tiempo cantando ó paseando. La luna se había ya ocultado, y los celajes negros con que

habia entrado la noche, habian vuelto á velar con su fúnebre manto el horizonte. Todo era oscuridad y silencio, y solo tal cual amortiguada luz se veía ondular á lo lejos, tal cual estrella casi oscurecida vibraba de cuando en cuando sus trémulos destellos sobre la tierra. Usdrobal se paseaba lentamente, cuando oyó junto á sí pasos, y una voz de alli á poco que le nombraba.

— ¡Usdrobal! ¡Usdrobal! ¿Estás ahí?

— ¿Eres tú, Jimeno?

— Silencio, respondió éste, cuya era efectivamente la voz: sígueme

— Déjame me cojo á tí para atravesar esas galerías que debes tú conocer mejor que yo.

— Aquí está mi brazo. ¡Silencio!

Diciendo así le presentó el brazo derecho, de que asió Usdrobal el izquierdo, y echaron á andar. Al entrar en la galería sacó el page su linterna sorda, y enviando la luz contra una pared, dijo:

— Aquí es: entremos.

Y llegándose á ella, luchó un momento con un resorte que muy disimula-

do estaba, y al punto se abrió la puerta.

-- Este es el camino, entremos; ya podemos aquí usar sin peligro de mi linterna.

Era un callejon oscuro y estrecho que se formaba en el centro de la pared, y que volvía á un lado y á otro, segun torcia el corredor, ó la sala á que sus paredes servian de muro.

-- ¿ Pues si habiamos de venir por aquí, preguntó Usdrobal, qué mas daba que esto se hubiese hecho dos horas hace?

-- Habla bajo, repuso el page despues de haber vuelto á correr la puerta, que sonó como si fuera de hierro.

-- Importaba separar un centinela que debia estar en cierta parte por donde tenemos que pasar por fuerza, y no se podia hacer antes.

No preguntó mas Usdrobal, ni el page habló mas palabra: sus pasos resonaban solo en aquella estrecha bóveda, y cualquiera al sentirlos transitar á aquella hora sin verlos desde cualquiera de las habitaciones contiguas, habria creído

que hacia aquel rumor sordo alguna alma en pena. No dejó tal vez de pensarlo alguno y de santiguarse.

Da ahí tres golpes, le dijo el page á Usdrobal cuando llegaron, despues de muchas vueltas y revueltas, á un ángulo saliente que formaba el extremo de alguna sala.

-- Usdrobal respondió, si esto es piedra, mal podrán oirme.

-- Dalos sin miedo, que aunque parezca piedra no es sino hierro.

Diólos, pues, con mucha pausa, y al punto resonaron otros tres en respuesta.

— Es ella, se dijo á sí mismo, y se estremeció involuntariamente.

— Déjame abrir, le dijo el page, y habiéndose hecho atras para darle paso, Jimeno se adelantó, procuró hallar el resorte, y luego que lo hubo encontrado se abrió alli otra puerta semejante á la primera por donde ellos habian entrado.

— Usdrobal, dijo una voz suavísima que vibró en el corazon del aventürero, y

Leonor entró en el corredor toda trémula y asustada.

Marcharon los tres en silencio aun algun tiempo, y Usdrobal tomó el lado de Leonor, mas cuidadoso de ella que una madre puede estarlo del hijo de sus entrañas. Abrió el page otra puerta, y salieron á una escalerilla de caracol que Usdrobal reconoció por una de las muchas que salian de las torres de la fortaleza. A lo lejos la vista descubria en monton y confusamente el campo, las empalizadas y las demas obras del castillo; de cerca no se veían los dedos de la mano. Al llegar alli paróse el page, y echó una mirada maligna á Usdrobal, bañándole en luz el rostro.

—Puesto que vienes armado, toma la izquierda de la escalerilla, y ve con cuidado. No os asusteis, señora, no es nada; pura precaucion.

— Colocaos asi detras de mí, dijo el aventurero á Leonor, que si alguno sube tendrá que pasar por mi cuerpo para llegar hasta vos.

—Y yo le deslumbraré con mi linterna; pero no hay miedo.

—Con la espada en la mano no lo tengo yo á nadie, repuso Usdrobal des-  
envainándola.

Usdrobal iba delante, seguíale Leonor sin respirar apenas, y el page bajaba detras alumbrando con su linterna. De repente la luz falta, suenan dos palmadas, y dos ó tres espadas caen sobre Usdrobal, cuyos golpes se repiten sobre su armadura cada vez con mas furia.

—¡Traidores! gritó el aventurero, y mil golpes resonaron de nuevo, y volaron mil chispas á un tiempo por todas partes.

—¡Dios mio! gritó Leonor, nos han vendido. Y cayó desmayada, al mismo tiempo que se sintió asir con fuerza y arrebatarse por el aire.

El combate seguía, todo estaba á oscuras, y no se oía una voz ni un quejido. El martilleo de las armas continuaba cada vez con mas furia. No sabia Usdrobal cuántos le acometian; pero sus enemigos á su parecer se multiplicaban. La

escalerilla era muy estrecha, y nadie podía subir mientras él defendiera el paso, y á pesar de esto siempre hallaba enemigos detras y delante de él. Crujía el hierro, retumbaban los golpes, y solo se oía alguna vez el bramido sordo de los combatientes. De pronto se oye un golpe en el suelo, como el que pudiera hacer un hombre armado al caer, y un ¡ay! en seguida. Despues retumbó con estrépito rodando las escaleras, sonó otro quejido en el mismo instante, y otro golpe, y la pelea pareció como suspendida.

— Por vida del Cid, dijo uno, gracias á Dios que ese demonio ha muerto.

— No he visto gato con mas vidas, añadió otro á tiempo que por sus pasos se conocia que se retiraban, era un alano de buena presa.

— Quizá no esté todavía bien muerto.

— No hay hueso en su cuerpo que no esté hecho polvo. ¿No has sentido cómo rodó la escalera?

Siguieron hablando sin duda, pero su voz fue poco á poco perdiéndose en la

distancia, hasta que otra vez todo volvió á quedar en silencio.

Aquella misma noche poco despues dos hombres atravesaron la esplanada del castillo.

—¿Es este, preguntó el del farol alargando la cabeza á mirar abajo, y sirviéndose de su linterna, que iluminó la superficie del foso, es este el sitio mas hondo?

— Por Santiago, ¿tienes miedo todavía que se escape? repuso el otro, que habiendo echado al suelo la carga dejó ver un cadáver horriblemente descoyuntado y quebrantados todos sus huesos, cubierto en partes de una armadura no menos magullada y hecha pedazos. Cogióle por los pies uno de aquellos hombres, mientras el otro le suspendia por los brazos, y habiendo tomado vuelo le lanzaron al foso que estaba lleno de agua, cuyo pacífico curso alborotó su caída.

FIN DEL TOMO TERCERO.